

§ 152

Cristo, verdadero hijo de Dios

I. Lo que los contemporáneos de Cristo sintieron de El y lo que nosotros podemos sentir por las Sagradas Escrituras está tan por encima de lo que la experiencia y la historia nos cuentan de cualquier otro hombre, que con razón se ha dicho que la figura de Cristo es incomprensible (Lavater). Por muy completamente que se viva la vida humana y se soporte su destino, la figura de Cristo seguirá siendo misteriosa y enigmática hasta que no se tenga en cuenta esa realidad de fondo de la que brota. Todo lo que este hombre es y hace surge de su divina realidad; en esto están concordes y son unánimes todos los escritores del NT; su convencimiento y fe es que aquel a quien acompañaron en sus predicaciones, cuyas palabras oyeron, con quien comieron a la misma mesa, excede toda medida humana y toda medida de este mundo. *Es el Unigénito, el Hijo de Dios consubstancial al Padre. Dogma.* (cfr. *Magisterio eclesiástico* en el § 146). Esa filiación no es moral, sino metafísica; por razón de ella, Jesucristo tiene la esencia divina que tiene el Padre celestial, la misma por la que el Padre es Dios.

II. *Los testimonios de la Escritura y de los Padres* son tantos que sólo podemos ofrecer una selección que dé una idea general. Respecto a los de la Escritura, hay que hacer constar la profunda diferencia, por lo demás natural, entre el Antiguo y el NT.

A. *El AT* no nos ofrece ningún testimonio claro sobre la divinidad del Mesías prometido. Los textos que hablan de sus relaciones con Dios (por ejemplo, *Is.* 9, 5-6; 7, 14; 8, 8; *Dan.* 7, 13-14; *Ps.* 2, 7-8) no se refieren a una filiación divina esencial (metafísica), sino a la filiación fundada en la sola intención (moral) o a la adopción gratuita de Cristo por el Padre. En este sentido, por ejemplo, el rey "Ungido de Dios" y enviado suyo, y hasta el pueblo entero de Israel, es llamado "Hijo de Dios" (*Ex.* 4, 22-23). A la luz del NT pueden, sin duda, entenderse en un sentido más perfecto los textos del Antiguo que hablan del Mesías; a su luz es evidente que el Mesías prometido en el AT es el verdadero Hijo de Dios y que siempre se interpretó así, aunque los textos viejo-testamentarios no lo digan inmediatamente. La ley dada para todo

el AT que dice que sólo es perfectamente interpretable a través del Nuevo, tiene validez también para los textos que se refieren al Mesías: sólo a través de la Revelación completa del NT se revela cómo han de entenderse en definitiva y más allá de la pura letra.

*Caracteres generales del testimonio neotestamentario
sobre Cristo.*

B. Cada escritor del NT tuvo una vivencia propia de Cristo y le pinta con estilo propio, con el vocabulario de que dispone y en la forma correspondiente de comprender la realidad y de imaginarse el misterio de Dios. Todos dan su testimonio y lo que testifican es en el fondo lo mismo. Pero cada uno testifica en su propio estilo de hablar e imaginar. En definitiva, se trata de un testimonio del Espíritu Santo y no del de un espíritu humano; El es quien da testimonio de Cristo (*Jo.* 15, 26). El es el invisible autor de las Sagradas Escrituras (cfr. vol. 1, § 12). Pero su testimonio está dado mediante los hombres, a través de Mateo, Marcos, Lucas, Pablo, Juan, etc. (*Act.* 1, 8). Cuando el Espíritu Santo utiliza a determinados hombres libres como instrumentos para su actividad, no les quita el carácter propio; le respeta y se acomoda a él. Propiedades humanas son la unilateralidad y la imperfección y también las encontramos en las Sagradas Escrituras, cuyo autor es Dios, a través de los hombres. Es cierto que el Espíritu Santo evita cualquier error, pero puede decirse que en la Sagrada Escritura se continúa esa divina desposesión a que se somete Dios también en la Encarnación; desde luego, ocurre de distinta manera, aunque pueden compararse. En todos los testimonios neotestamentarios se refleja Cristo talmente, pero en cada uno de distinta forma. Aunque todos tengan unidad esencial en el contenido, tienen diversidad en la elección de los datos y en la manera de testificarlos. En la visión conjunta de los distintos modos de testimonio logramos la totalidad de la figura de Cristo.

Los *Sinópticos*, con distintos matices y tonos, describen a Cristo como al Hijo de Dios *encarnado*, como al hombre misterioso que entró en sus vidas y que es el Mesías prometido en el AT y el esperado hijo de Abraham y de David; El instituye el reino de Dios, es crucificado y resucitado; perdona los pecados y promete salvación. El misterio de su divinidad se adivina en cualquier página, pero sólo en silenciosos y quedos relumbres. La ocultación

e intimidad de la gloria divina se destaca en los Evangelios Sinópticos más que en los demás escritos neotestamentarios.

San Pablo testifica a Cristo, ante todo, como al poder celeste y personal, como al Señor omnipotente del cielo que está actuando por dentro en su vida, que fué glorificado y lo domina todo.

San Juan, el discípulo amado del Señor, que es quien más profundamente vió el misterio de Cristo, acentúa la gloria divina que es y está velada en la naturaleza humana, la gloria divina aparecida entre los velos de la carne; pero no por eso quita valor a la carne. En ninguno es tan fuerte la intención de antignosticismo. Y a la vez, ningún Evangelio está escrito tan totalmente después de la Pascua y Pentecostés, es decir, en ninguno está tan claro como en él que su autor ha sido introducido en el misterio de Cristo por el Espíritu Santo, enviado por el mismo Cristo. Describe a Cristo como debiera haberlo visto, si ya antes de la venida del Espíritu Santo le hubiera conocido como después, es decir, describe a Cristo como era en realidad, sin que su realidad fuera entendida por sus discípulos. San Juan nos introduce plenamente en el misterio de Cristo. La gloria divina actual y operante en Cristo es incomprendible—siempre es Dios incomprendible e inefable—, pero nadie como San Juan nos hace tan íntimo su misterio. Por eso nadie como él puede darnos con mano segura la clave para entender a Cristo; él da testimonio de la razón y fundamento de la vida de Cristo como nadie.

En los Sinópticos queda por decir mucho de lo que podía hacernos comprensible la extrañeza de la vida de Cristo. Si se pregunta, respecto a esa vida, cómo se explica una humanidad que supera todas nuestras experiencias, los Sinópticos contestan con meras indicaciones, salvo algunas excepciones; en ellos, los primeros planos de esa vida son claros y evidentes. Pero si se pregunta de qué fuerzas y virtudes se alimenta, los Sinópticos son más parcos que San Juan. Por eso, el testimonio sobre Cristo del Evangelio de San Juan es, en definitiva, más inteligible que el de los otros tres evangelistas.

En San Juan está patente que una vida humana, nutrida e impulsada por tales fuerzas divinas, debe transcurrir, como transcurrió. San Pablo conoce a Cristo, sobre todo en su estado de elevación y gloria. Es problemático que le viera alguna vez mientras vivió sus días terrenos. Puede decirse que en los Sinópticos está acentuado lo humano de Cristo y en San Pablo su espiritualización; San Juan ve ambos aspectos, el divino y el humano, y siempre de

forma que el divino se vislumbra claramente a través del velo humano. Su testimonio sobre Cristo es, por tanto, la forma más desarrollada de los testimonios neotestamentarios sobre El, o, dicho con más precisión: el Espíritu Santo nos dió por medio de San Juan el más claro testimonio sobre Cristo.

En primer lugar, es característico del testimonio evangélico sobre Cristo el describirle superando todo lo comprensible con medios psicológicos, biológicos, biográficos o históricos. Le tienen por un extraño que no se adapta a categorías humanas y les hace sentir una realidad que se impone. Esto se hace especialmente claro en el hecho de que Cristo, a pesar de la proximidad y la confianza, sigue siendo durante toda la vida un misterio incomprensible. Cuando después de la primera multiplicación de los panes creyeron que le tenían completamente al lado, otra vez tuvieron que sentir que se les escapaba (*Mc.* 6, 31-45). Salta esto a la vista, sobre todo cuando los discípulos le invitan a comer (*Jo.* 4, 32-34). A su invitación: "Maestro, come", les contesta: "Yo tengo una comida que vosotros no sabéis." Los discípulos se decían unos a otros: "¿Acaso alguien le ha traído de comer?" Jesús les dijo: "Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y acabar su obra." Lo mismo ocurre inmediatamente antes de la Ascensión, cuando Cristo les habla del mensaje del reino de Dios (*Act.* 1, 6-8). Sólo el cambio a que les mueve el Espíritu Santo les abre una puerta al misterio de Cristo. Del hecho de que Cristo fuera para ellos impenetrable y misterioso mientras estuvo a su lado, se echa de ver que su figura hubiese sido distinta de lo que es si hubiera sido inventada por los discípulos. No la crean ellos con su intuición creadora, sino que les sale al encuentro en una experiencia vivida de siempre renovada admiración y asombro.

Este hecho es claro, sobre todo en *San Pablo* y *San Juan*. Para San Pablo fué un enigma durante toda su vida el que Dios revelara su gloria en la debilidad de la carne, en la locura de la cruz. Al apóstol le hubiera sido mucho más propia e íntima, según su primera representación de Dios, una imagen del Salvador esencialmente distinta: la imagen del fuerte y poderoso que aplasta a sus enemigos. En sus epístolas se adivina que en su interior tiene que defenderse frecuentemente de esa representación de Dios para poder librarse de la experiencia externa de Dios. Cuando en la epístola a los romanos (1, 16) declara que no se avergüenza de la cruz, expresa de un modo que le delata lo que desde el fondo de su intimidad trata continuamente de salir a la luz. Lo mismo pudiera

decirse de su confesión, cuando dice que el mensaje de la cruz es escándalo para los judíos y ridiculez para los paganos (*I Cor.* 1, 22-25). La gente se ríe de esa revelación de Dios. Sin duda, el apóstol rastrea en sí la tentación de reírse también. ¡Cómo no va a escandalizarse el hombre de un Dios débil, juzgado y condenado a muerte por los hombres! Eso contradice a todas las representaciones que el hombre tiene de lo divino y numinoso. Lo que San Pablo dice de Dios, cuando predica al Crucificado, no ha nacido del fondo de su corazón de hombre, ni en el corazón de ningún hombre; nació de una experiencia venida de fuera y que le arrojó al suelo y le destruyó la imagen de Dios, nacida de su corazón de hombre. Ante las puertas de Damasco Cristo puso su mano sobre él y contra toda esperanza le cambió tan radicalmente que adoró al que antes había perseguido y alabó y predicó lo que antes había condenado.

Y lo mismo ocurre con el testimonio de *San Juan*. Y aún habría que añadir (Guardini) que San Juan tenía por naturaleza una enorme capacidad de amor, pero carecía de bondad; que amaba a las cosas; pero no a los hombres; que era imperioso, impaciente y fanático. A este amor despiadado corresponde el odio ardiente; odio que sale a flote en la acritud con que San Juan se refiere a Judas. El contenido de sus convicciones religiosas naturales le aproxima al gnosticismo, concepción del mundo que ve la realidad total dualísticamente; estaría compuesta de lo divino y demoníaco, de bien y mal, de luz y tinieblas, de materia y espíritu, de odio y amor, de un principio masculino y otro femenino. Ambos términos opuestos serían realidades metafísicas. En el Evangelio de San Juan se echa de ver que transformó del todo sus naturales predisposiciones y sus primeras convicciones religiosas gracias a la experiencia que tuvo de Cristo. Pero lo original y natural salta a veces en su Evangelio como un relámpago. Si Juan hubiera creado la imagen de Cristo sacándola de su misma intimidad creadora, hubiera hecho una imagen gnóstica de Dios. Hubiera creado una figura de Salvador fanático y ardiendo de odio contra sus enemigos. Pero la imagen de Cristo que nos da en su Evangelio tiene justamente los rasgos contrarios; San Juan no la ha creado, sino recibido. Su Cristo no es un mito, sino historia; de ella cuenta. Claro que muchas veces reviste su testimonio con el ropaje del mito y le hace sensible en un lenguaje que es gnóstico; pero su contenido no es más que el precipitado de lo que ha visto y oído. Y San Juan insiste en ello muchas veces (*I Jo.* 1, 1-3; 14).

Si para los discípulos la figura de Cristo fué misteriosa y extraña, para los ajenos que le veían desde lejos y para los que le odiaban era incomprensible. Su mensaje de Dios y de los hombres, del reino y del mundo chocaba de frente con todo lo que las masas esperaban de Dios y del reino prometido. Las masas se irritan por eso ante Cristo y su mensaje; sus ideas y esperanzas más queridas son destruidas una a una. Y ellos se escandalizan de El. El escándalo se les convierte en odio exacerbado y quieren deshacerse de Cristo a cualquier precio. Ese odio no es un fenómeno casual. Cristo mismo no lo hubiera podido evitar ni superar por más cuidado y consideraciones que hubiera tenido. Era inevitable. En él se manifiesta la resistencia del hombre cerrado a Dios y enamorado de sí mismo, frente a Dios que le sale al encuentro caminando hacia él.

El hombre autónomo y voluntarioso, seguro de sí mismo, no soporta adorar a un Dios que se revela en la impotencia y debilidad de los hombres y que, además, es juzgado y condenado a muerte. Su oposición y contradicción, su irritación y odio, no nacen porque Cristo perjudicara de algún modo la vida humana, ya lo hemos dicho antes desde otro punto de vista (§ 145). Aunque para las masas sea más claro que el día que Cristo es también una garantía del orden terrestre y de la vida humana digna, se escandalizan de El por la sola razón de que el Dios que en Cristo les sale al paso es distinto de los demás dioses, o mejor, de los demás ídolos que se han creado ellos mismos y no quieren abandonar. El hecho de que Cristo fuera condenado no se funda en una incomprensión o en una torpeza táctica, sino en la esencia misma de la relación entre el hombre que se cree señor de sí mismo y Dios revelado en la debilidad de la carne. El hombre autónomo no puede soportar a un Dios así. El hombre enzarzado en el pecado se rebela contra el Dios viviente (*Jo.* 8, 43-44).

Cristo era consciente de su extrañeza para el mundo de los hombres autónomos. Tuvo que soportar esa terrible experiencia. Sabía que parecía ajeno y extraño no sólo a éste o aquel hombre, sino a todos. Tuvo que vivir en una insuperable soledad, a pesar de la proximidad a los suyos. Si, como dijo, no tenía dónde reclinar su cabeza, debió vivir en esencial extrañeza y lejanía del mundo. En Cristo se cumple, resumido y agudizado, lo que dice Rilke de la existencia de cada hombre: a ella está confiado y encomendado el mundo. Tuvo que soportar solo y durante toda su vida el parecer extemporáneo y anacrónico a sus fieles y enemigos, a sus ami-

gos, a los que le odiaban. Siempre parece anacrónico a los pecadores, porque no se amolda a la autonomía de este mundo.

El mundo entero se cierra en odio contra El. La oposición, que rastrea en El, está más allá de todas las demás; todas son nada ante la mayor que ha habido en la historia: la de los hombres contra Dios revelado en Cristo. Así se entiende que hasta enemigos irreconciliables entre sí se unan como amigos en el odio a Cristo. El pagano Pilato y el judío Herodes olvidan ante Cristo su larga y honda enemistad. Todas las diferencias mundanas pierden importancia ante la oposición a Cristo.

Cristo alude a este hecho en unas palabras, en que aparece su conciencia de la soledad, que le fué impuesta en este mundo: "Si el mundo os aborrece, sabed que me aborreció a mí primero que a vosotros. Si fueseis del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, sino que yo os escogí del mundo, por esto el mundo os aborrece..." Pero es para que se cumpla la palabra que en la ley de ellos está escrita: "Me aborrecieron sin motivo" (Jo. 15, 18-19, 25).

La razón más profunda de que Cristo sea ajeno y extraño al mundo es el hecho de ser El de arriba y los demás de abajo. Cristo no nació por voluntad de la carne ni por voluntad de varón; fué enviado al mundo por el Padre. Es cierto que está dentro de la serie de generaciones, pero también es cierto que, a la vez, supera todo lo humano.

Evangelios sinópticos.

1. a) Por lo que respecta al testimonio de los *sinópticos* sobre Cristo, hay que decir, en primer lugar, que Jesús aparece en ellos como el cumplimiento de las promesas viejotestamentarias y, sobre todo, como el *Mesías* profetizado en el AT, como el Salvador, *Rey-Salvador* y Redentor (Lc. 24, 25, 45; cfr. § 155). En El llegan a su meta los siglos y milenios. Y, a la vez, El iba a ser el principio de los siglos y milenios futuros. Todas las cosas esperaban al Mesías. Ya en la predicación penitencial de Juan Bautista "hallábase el pueblo en ansiosa expectación y pensando todos entre sí de Juan si sería él el Mesías" (Lc. 3, 15). Simeón el justo esperaba al Ungido del Señor prometido por Dios (Lc. 2, 25-26). Por esa ansiosa expectación y deseo se entiende la amistosa conversación de Andrés y Felipe: Hemos encontrado a Aquel de quien está escrito en la Ley y en los Profetas (Jo. 1, 44-45).

Jesús empezó su predicación anunciando que El era el Mesías prometido: venía del desierto, de las tentaciones del demonio y de la lucha victoriosa contra ellas; enseñaba "impulsado por el Espíritu Santo"; era alabado por todos. El sábado entró en la sinagoga, según su costumbre: "Le entregaron un libro del profeta Isaías y, desenrollándolo, dió con el pasaje donde está escrito: "El Espíritu Santo está sobre mí, porque me ungió para evangelizar a los pobres; me envió a predicar a los cautivos la libertad; a los ciegos, la recuperación de la vista; para poner en libertad a los oprimidos; para anunciar un año de gracia del Señor." Y enrollando el libro se lo devolvió al servidor y se sentó. Los ojos de cuantos había en la sinagoga estaban fijos en El. Comenzó a decirles: "Hoy se cumple esta escritura que acabáis de oír" (*Lc.* 4, 14-21; *Mt.* 13, 53-58; *Lc.* 1-6; cfr. *Is.* 61, 1-2). Ha llegado el tiempo de alegrarse como en un día de bodas (*Mc.* 2, 18-19). De los que pudieron ver aquel día se dice: "Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis, porque Yo os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis, y no lo vieron, y oír lo que oís, y no lo oyeron" (*Lc.* 10, 23-24; cfr. *Mt.* 13, 16-17).

Pero ocurrió lo admirable: había llegado la hora esperada por los siglos; los oyentes de Cristo, sin embargo, no le entendieron. Tenían del Mesías una imagen distinta de la que veían en Jesús. A consecuencia del sometimiento secular por distintos estados extranjeros, la mayoría de los judíos habían situado su esperanza mesiánica en el plano político. Se esperaba del Mesías la liberación del dominio de Roma (*Mc.* 12, 13-17). Cristo defraudó esta esperanza de sus contemporáneos. Prometía y traía libertad, pero no de la esclavitud política y externa, sino del pecado, que es una esclavitud mucho más fuerte y profunda (*Mt.* 6, 13; *Mc.* 1, 15; *Jo.* 8, 33-37). La masa del pueblo no llegó a entender así el mesianismo. Los fariseos rechazaron el mesianismo, de forma que Cristo no pudo hablar con ellos más que discutiendo. Valiéndose de una astuta propaganda política impulsaron a las masas contra Jesús. Estaban tan convencidos de ser los elegidos, por pertenecer a la estirpe de Abrahám, que la sospecha de que tuvieran necesidad de ser liberados de la esclavitud del pecado les parecía una argucia satánica (*Jo.* 8, 48). Eran prisioneros de sus ideas naturales y políticas. Hasta a los mismos discípulos fieles a Jesús les fué difícil entender su mesianismo espiritual, invisible y apolítico. Se confiesan a El cuando vuelven desde Betsaida hacia la región de Cesárea de Filipo, y Jesús les preguntó: "¿Quién dicen los hombres que soy yo? Ellos le

respondieron, diciendo: Unos, que Juan Bautista; otros, que Elías, y otros, que uno de los profetas. El les preguntó: Y vosotros, ¿quién decís que soy? Respondiendo Pedro, le dijo: Tú eres el Cristo" (Mc. 8, 27-30; cfr. Mt. 16, 13-16).

Pero, poco después, Jesús tuvo que decirles otra vez que sus esperanzas mesiánicas eran falsas, ya que estaban pensando en un poderoso reino de este mundo, en el que querían tener los primeros puestos. (Mc. 10, 35-45). Como las esperanzas mesiánicas se habían deslizado totalmente hacia lo político, Cristo no podía hablar claramente de su misión de Mesías "sin dar ocasión a una falsa interpretación no religiosa y al peligro de provocar un movimiento político o un ataque contra los romanos" (J. Schmid, *Das Evangelium nach Markus*, 1938, 104-107). Por eso manda callar a los que conocían su dignidad de Mesías (Mc. 1, 24-25, 34, 44-45; 3, 11-12; 5, 43; 7, 35-36; 8, 29-30; 9, 9 y textos paralelos) y se llama a sí mismo *Hijo del Hombre* en vez de Mesías.

b) La expresión "Hijo del Hombre", con la que Cristo se llama a sí mismo, pero que los demás no le aplican, era un nombre del Mesías no usado en su tiempo; ya estaba preparado para Cristo en el AT. *Daniel* fué quien vió por vez primera cuatro imperios antedivinos en las figuras de cuatro animales. Por su presunción y crueldad se atraen la justicia divina. Daniel ve en una gran visión la justicia que hace Dios. Los animales son condenados, y los imperios que representan, deshechos. Entonces se eleva el reino mesiánico, que no tendrá fin. "Estuve mirando hasta que fueron puestos tronos, y vi a un anciano de muchos días, cuyas vestiduras eran blancas como la nieve, y los cabellos de su cabeza, como lana blanca. Su trono llameaba como llamas de fuego, y las ruedas eran fuego ardiente. Un río de fuego procedía y salía de delante de él, y le servían millares de millares y le asistían millones de millones. Sentóse el Juez, y fueron abiertos los libros.

"Yo seguía mirando a la bestia a causa de las grandes arrogancias que hablaba su cuerpo, y la estuve mirando hasta que la mataron, y su cuerpo fué destrozado y arrojado al fuego para que se quemase. A las otras bestias se les había quitado el dominio, pero les había sido prolongada la vida por cierto tiempo.

"Seguí yo mirando en la visión nocturna, y vi venir en las nubes del cielo a un como hijo de hombre, que se llegó al anciano de muchos días, y fué presentado a éste. Fuéle dado el señorío, la gloria y el imperio, y todos los pueblos, naciones y lenguas le sir-

vieron, y su dominio es dominio eterno, que no acabará nunca, y su imperio, imperio que nunca desaparecerá" (*Dan.* 7, 9-14).

La destrucción de los imperios llenos de culpas deja el espacio libre para el imperio mesiánico, que representa el imperio de Dios. Su representante no se levanta desde el mar o desde lo profundo, como los representantes de los imperios caídos; viene de arriba, de la altura. Está allá, junto a Dios, que truena sobre las nubes y vive en las alturas; tiene figura de hombre; en esto se alude a que sólo el dominador que viene de lo alto gobierna humanamente. Los imperios antidivinos son inhumanos. Destruyen la libertad y dignidad del hombre y la rebajan al grado de animal. Dios mismo entrega el poder y el imperio al representante del nuevo reino. El es el Señor del mundo, puesto por Dios; en El y por El ejerce Dios mismo su imperio sobre el mundo. En el versículo 27 del capítulo 7 se describe concisamente al Hijo del Hombre: "dándole el reino, el dominio y la majestad de todos los reinos de debajo del cielo al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo reino será eterno, y le servirán y obedecerán todos los señoríos". El "pueblo de los santos del Altísimo" es el pueblo de Dios sobre todos los miembros fieles a la Ley. El Hijo del Hombre es, por tanto, en primer lugar, el pueblo de Dios (cfr. también *ib.* 7, 18, 21, 25). La expresión tiene, como las figuras de animales de las anteriores visiones nocturnas de Daniel, significación *colectiva*. Pero en el versículo 13 tiene significación individual-personal. Según esto, aunque el autor del libro pensara al Hijo del Hombre primera e inmediatamente como la totalidad del pueblo y no como figura individual y, por tanto, sin ninguna significación mesiánica, es muy natural que la significación colectiva se convierta en individual-personal. Así fué interpretada de hecho la expresión *Hijo del Hombre* en la más antigua exégesis rabínica. Mientras, según esto, en el libro de Daniel y en el AT, así como en el Viejo Oriente, el Hijo del Hombre no es una figura mesiánica, sino que únicamente se encuentra como promesa mesiánica el eterno imperio de Dios y los dominadores terrestres, a consecuencia de la interpretación rabínica y de la literatura apócrifa del AT (*IV Esdr* 13, 1; *Henoc.* 36-72), la expresión "Hijo del Hombre" sirve para designar al Mesías. Jesús se funda en el texto de Daniel y en la más antigua exégesis de ese texto, y dice de sí mismo que es el Hijo del Hombre (cfr. Joh. Goettsberger y Fr. Noetscher sobre estos pasajes de Daniel). Usa, por tanto, la expresión en sentido individual-personal. Lo que, según el sentido inmediato del texto de Daniel, se dice del pueblo de Dios, Cristo lo reivindica para sí y

para sí solo. Según eso, es una interpretación auténtica el explicar que el texto de Daniel, sobre su referencia inmediata al pueblo de Israel y a través de ella, alude también a Cristo. Si Cristo prefiere llamarse Hijo del Hombre y no Mesías, se debe, sin duda, a que quiere evitar toda la falseada interpretación política pegada ya a la palabra Mesías. Por otra parte, el empleo de esa denominación indica que Cristo se sabía engalanado de nobleza celestial. "La antigua investigación sobre la vida de Cristo entendió la expresión Hijo del Hombre en el sentido del salmo 8, 5, y estimaba en ella, sobre todo, ese signo de la sencilla falta de exigencias del Jesús histórico, que no era ni quería ser más que un hombre entre los hijos de los hombres" (Stauffer, *Theologie des Neuen Testaments*, 88).

En realidad, la expresión es una autoafirmación de Cristo extraordinaria y llena de exigencias. El Hijo del Hombre tiene la gloria del cielo y poder sobre todo el mundo. Es cierto que debe andar el camino del dolor, pero después se revelará con gloria y hará justicia a todos los hombres. La expresión Hijo del Hombre comprende, pues, *tres momentos*: origen o nobleza celeste, figura de siervo y Revelación gloriosa.

El Hijo del Hombre es una figura de dominador. Pero no vino para ser servido, sino a servir (*Mc.* 10, 45). No busca a los grandes y poderosos de este mundo, sino a los pequeños y perdidos (*Lc.* 19, 10). Es señor de la Creación y de la Historia y, sin embargo, no tiene ni guarida; no sabe dónde reclinar su cabeza (*Lc.* 9, 28), si bien tiene poder para disponer del sábado y sobre las formas de piedad viejotestamentarias instituidas por Dios (*Mc.* 2, 28). Se cansa y tiene miedo, puede ser juzgado, pero es omnipotente y el representante de Dios en la tierra, que decide sobre la vida y la muerte, sobre la gracia o la culpa, la salvación o condenación (*Mc.* 2, 11-12; *Lc.* 19, 10). Por tanto, ¡ay del hombre que se deja engañar por la sencillez del Hijo del Hombre para rechazarle; ay del que le traiciona y se escandaliza de El! Está perdido (*Lc.* 12, 9). Bienaventurado el hombre que se declara partidario del Hijo del Hombre; para éste, Jesús es Salvador y le dará la bienaventuranza (*Lc.* 2, 34; 6, 22-23; 19, 9; *Mt.* 21, 42; 10, 32).

Cuando más se esconde en la figura de siervo el que está revestido de la majestad de Dios, es en el camino del Calvario. El Hijo del Hombre sigue su camino, como está escrito (*Mc.* 14, 21). Y de El está escrito que debe padecer muchos dolores y ultrajes. "Mirad, subimos a Jerusalén y se cumplirán todas las cosas escritas por los

profetas del Hijo del Hombre, que será entregado a los gentiles, y escarnecido, e insultado, y escupido, y después de haberle azotado, le quitarán la vida y al tercer día resucitará" (Lc. 18, 31-33). Cuanto más cerca está la cruz, tanto más dispuesto está Cristo a hacer confesión pública de su dignidad de Mesías, y antes, sin embargo, la había estado esquivando, sin duda para evitar las malas interpretaciones político-nacionales (Mc. 11, 1-10; Mt. 21, 1-9; Lc. 19, 28-38; Jo. 12, 12-19). Cuando el Sumo Sacerdote, representante oficial de todo el pueblo, en presencia de la autoridad religiosa y política del Sanedrín, le preguntó por su mesianismo, descubre el telón de su misterio y del futuro. A la pregunta, "¿eres tú el Mesías, el Hijo del Bendito?", contestó Jesús: "Yo soy, y veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del Poder y venir sobre las nubes del cielo" (Mc. 14, 61-62). Los jueces de la tierra pueden matarle, sin duda. Pero es más poderoso que todos los vivientes; tiene poder sobre la muerte. Con segura superioridad sobre la muerte dice que ha de volver a juzgar a todos los hombres y a sus jueces y verdugos (Mc. 13, 26; Lc. 17, 24; 21, 34). Ese será su día, el "día del Hijo del Hombre". El Hijo del Hombre dirá en aquella hora futura la última palabra sobre la historia humana, limpiará la creación de su Padre celestial de pecados y pecadores y establecerá para siempre el imperio de Dios (Mt. 13, 41-42; 25, 31; Mc. 8, 38). Cuando la gloria del Hijo del Hombre sea desvelada del todo y se revele en su esplendor sumo, se cumplirá del modo más perfecto la misión que le fué encomendada por el Padre y su oficio de padecer y morir (Mt. 15, 24; Lc. 13, 33; 17, 25; 22, 37; 24, 7. 25, 45). (Cfr. E. Stauffer, *o. c.* 88-90; J. Schmid, *Das Evangelium nach Markus*, 1950, cap. *Der Menschensohn*, 160).

Tal vez pueda encontrarse un *cuarto momento* en la expresión Hijo del Hombre. En el texto de Daniel, los imperios antedivinos están simbolizados en figuras de animales, mientras el reino mesiánico está representado en una figura de hombre; eso quiere decir que los imperios antedivinos son a la vez inhumanos y que el reino mesiánico es el imperio de la dignidad humana; pero se puede entrever aún un sentido más profundo: en la caracterización neotestamentaria del Mesías como Hijo del Hombre puede verse una alusión al hecho de que Cristo vuelve a regalar a los hijos de Adán la verdadera humanidad, de que, por tanto, el verdadero humanismo se funda en Cristo y no tiene sus raíces en la antigüedad pagana exclusivamente (cfr. K. Buchheim, *Das messianische Reich*, München, 1948, 176).

c) La más alta misión del Mesías, caracterizado como Hijo del Hombre, fué—según se ha dicho—la implantación del *reino de Dios*. Cristo es consciente de ser el fundador, portador y ejecutor del reino de Dios, la revelación de su imperio y reinado. (Véase esto más ampliamente en el estudio sobre la obra de Cristo y sobre todo en el tratado de la Iglesia.) La expresión “reino de Dios” no era nueva para los oyentes de Cristo. La promesa capital del AT era el advenimiento del reino de Dios. Dios es, sin duda, señor y rey del mundo por haberlo creado. Pero los hombres se habían hurtado a su imperio, acarreándose así la desgracia. Por la caída, pasaron de ser súbditos de Dios a ser esclavos de Satanás y de sus representantes en la tierra; del pecado y de la muerte, del dolor y de la enfermedad y de la necesidad. Estaba anunciado el “día de Dios” en que los poderes enemigos de El, que habían tentado al hombre, serían vencidos y devuelta así la salud. Todo el AT es una preparación de ese día de salvación y alegría. Los escritos viejotestamentarios son en lo esencial testimonios de cómo Dios intenta restituir su imperio en el mundo y continuarle. Lo intenta a través de los patriarcas, jueces, reyes y profetas. Cristo anuncia ahora que el tan prometido, preparado y deseado reino de Dios ya ha llegado. Desde luego es distinto de lo que piensa la mayoría; la mayoría, bajo la influencia del dolor y padecimientos de su sometimiento a los romanos, lo entendían como la restauración del reinado de David, transfigurado a la luz de los recuerdos. Transformaron la promesa de Dios malentendiéndola política y nacionalmente. Cristo, en cambio, piensa en un reino espiritual y no político. Y le proclama no en Judea, donde había sido ajusticiado Juan Bautista, sino en Galilea, lejos de Judea y fuera del influjo del partido nacional, del Sanederín y de los doctos fariseos. “Después que Juan fué preso, vino Jesús a Galilea predicando el Evangelio de Dios y diciendo: Cumplido es el tiempo, y el reino de Dios está cercano; arrepentíos y creed en el Evangelio” (Mc. 1, 14-15).

Aunque el reinado de Dios no puede confundirse con un imperio político-nacional, tiene sin embargo (como luego veremos) verdadera existencia histórica. Es cierto que sólo más allá de la historia tendrá su definitivo desarrollo y que es, por tanto, una magnitud escatológica; pero está operante dentro de la historia y en ella se manifiesta de diversas formas. Se le opone el poder del mal, del pecado, de Satanás y de todas las desgracias. Pero él es ese dominio de Dios sobre los hombres, por el que son vencidos el

demonio y el pecado, la muerte y el dolor, la necesidad y la angustia, y del que nacen los estados de libertad y alegría, de plenitud vital y seguridad existencial. Lo que el hombre puede y debe hacer ante el imperio de Dios que sobreviene, es prepararse y mantenerse preparado. El amanecer del reino de Dios es la hora de la decisión. Es decir, hay que apartarse del mal y dirigirse hacia Dios. La fe que supone este cambio de sentido es el acto por el que el hombre se abre a la actividad dominadora de Dios.

El reino de Dios ha amanecido en Cristo.—El es su ejecutor y revelador. Mediante El realiza Dios su reinado. Es evidente que el reino de Dios se ha revelado en Cristo, porque Cristo ha vencido el poderío del hasta entonces detentador de él: venció al poder del demonio y del pecado, del príncipe de este mundo (*Lc. 11, 20; Mt. 12, 28; Mc. 3, 23-27*). “Veía yo a Satanás caer del cielo como un rayo.” (*Lc. 10, 18*). En Cristo llegó el más fuerte, que desarmó al fuerte, al señor de este mundo (*Mc. 3, 27; Lc. 11, 22, 23*). “Desde este punto de vista debe entenderse la gran importancia que tiene en el Evangelio la curación de poseídos, cuya notable frecuencia es, según algunos intérpretes, algo más que una pura casualidad. Justamente porque en Cristo se revela el reino de Dios, se desatan y desencadenan los demonios, pues ven que su poder está amenazado.” (R. Grosche, *Pilgernde Kirche*, 1938, pág. 48.)

Hay, por tanto, *señales* de la llegada del reino de Dios. Claro que no las que hubiera podido imaginarse la curiosidad y fantasía de los hombres. Pues “no viene el reino de Dios ostensiblemente. Ni podrá decirse: helo aquí, o allí, porque el reino de Dios está dentro de vosotros” (*Lc. 17, 21*). El pueblo es ciego para los verdaderos signos. Si puede explicar muy bien los signos del cielo, de las nubes y del viento y sabe cuándo va a llover y cuándo va a hacer calor, ¿por qué no pudo entender los signos de la llegada del reino de Dios? (*Lc. 12, 54-56*). La señal del principio del reino de Dios es Jesucristo, sus palabras y sus obras: “Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y los pobres son evangelizados” (*Mt. 11, 5*).

El reino de Dios revelado en Cristo es actual y presente únicamente entre velos. Por eso sólo lo entienden los llamados por Dios, aquellos a quienes fueron confiados los secretos divinos. Los demás, “mirando, miren y no vean; oyendo, oigan y no entiendan” (*Mc. 4, 12*). Pero terminará en un estado de pleno desvelamiento, de revelación completa; entonces Dios será todo en todas las

cosas (*I Cor.* 15, 28). Cristo es quien pone en marcha visiblemente el reinado de Dios en la expulsión de los demonios, pero sobre todo al fundar un nuevo orden derramando su sangre (*Mc.* 14, 24). El sacrificio de su vida aniquiló el pecado e instauró la Nueva Alianza, en la que Dios es Rey. Así realiza Cristo el imperio de Dios en el mundo.

El *reino de Dios* y el *reino de Cristo* están en estrecha relación. En muchos aspectos no pueden distinguirse, pero no coinciden del todo. (*Mt.* 13, 41; 16, 28; *Lc.* 1, 33; 22, 29-30; 23, 42). El reino de Cristo o reinado mesiánico es la revelación y el instrumento o medio del reino de Dios. El reino mesiánico puede identificarse con la *Iglesia*. Dura mientras dura la historia humana; con el fin de ella se acaba también. En aquella hora pasará a ser y se convertirá en reino de Dios, en reinado del Padre.

Cristo mismo es rey en el reino de Dios por ser el mandatario y representante de Dios en la historia. Los reyes del AT son sus predecesores. Del Mesías futuro está prometido que subirá al trono de su padre David. Pudo esta promesa según su texto inmediato referirse a la restauración del reino davídico y ser así entendido por la mayoría de los contemporáneos de Cristo; pero Cristo mismo dió la auténtica interpretación de su reinado facilitando así la recta inteligencia de las promesas del AT. El realiza lo que debieran haber hecho los reyes del AT, y de lo que apenas hicieron nada: instituir el reino de Dios en el mundo. Cristo lo realiza sometiendo en su vida al dominio de Dios, exigiendo a los hombres inclinarse ante el poder de Dios revelado en El y amenazando con el castigo y la justicia a los insumisos. Así se convierte en mediador entre Dios dominadoramente operante en los hombres y el hombre que se somete al poder de Dios. Mediante la obediencia de Cristo y la comunidad con El, se hace el hombre partícipe del reino de Dios.

La entrada en el reino de Dios, es decir, en el estado de salud y salvación, está ligada por tanto a su persona. Sólo el que cree en El tendrá parte en su reino (*Mc.* 1, 15). Por eso el que aparta a otro de la fe en Cristo, carga con una culpa tan terrible (*Mc.* 9, 42); es mejor perder todos los bienes de la tierra que dejarse arrancar de El; el no creer en El, es la culpa mayor y definitiva. Por eso juzga y condena tan severamente a los que rehusan creer en El (*Mt.* 8, 11-12; 11, 20-24; 23, 1-39).

Nada es más importante, pues, que seguir a Cristo. Por el reino de Dios, lo que es lo mismo que decir por Cristo, debe estar dis-

puesto el discípulo a abandonarlo todo (*Mc.* 10, 29; 19, 29; *Lc.* 18, 29), y hasta debe estar dispuesto a ofrecer su vida (*Mc.* 8, 35-36).

d) En vista de la incondicionalidad con que Cristo exige la entrega a su persona, y en vista de lo absolutamente que dependen de El la salvación y la condenación, se levanta más poderosa aún la antigua cuestión: ¿Quién es ese que con gesto tan imperativo decide del eterno destino de los hombres? Los Evangelios nos permiten todavía una mirada última sobre el misterio de ese hombre: es *Hijo de Dios*, consubstancial al Padre. No siempre se entendió en su más pleno sentido esa expresión. A menudo se llama al rey "hijo de Dios", tanto en la Biblia como en la literatura extrabíblica del antiguo Oriente. Incluso el Mesías Rey futuro es anunciado en el AT como Hijo de Dios, en el sentido de una filiación divina adoptiva (*Ps.* 2, 7). El AT no conoce la filiación divina metafísica. Tampoco todos los textos del NT que se refieren al Hijo de Dios aluden inmediatamente al sentido metafísico. Así, San Lucas (1, 32 y 1, 35) da testimonio de Jesús como del Mesías Rey que viene de Dios y está plenamente santificado por Dios y que culmina la Historia Sagrada del AT. Pero a tales textos siguen otros testimonios claros de la filiación divina metafísica de Cristo. A la luz de éstos puede verse el contenido más hondo de los primeros, que no son tan explícitos.

Cristo es consciente de ser Hijo de Dios en virtud de una filiación divina íntima y esencialmente distinta de la de los demás hombres. Se presenta con las exigencias imperativas y dominadoras con que sólo Dios puede presentarse. Habla de Dios como padre suyo y de manera completamente distinta a todos los demás. "No todo el que dice ¡Señor! entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre" (*Mt.* 7, 21). "Pues a todo el que me confesare delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre, que está en los cielos" (*Mt.* 10, 32; cfr. *Mt.* 12, 50). También los demás hombres son hijos del Padre celestial (*Mt.* 5, 16, 45, 48); pero siempre distingue Cristo su filiación de la de los demás. El es el único hijo predilecto de Dios (*Mc.* 12, 6), El es el Hijo (*Mc.* 13, 32). Dios es para El lo que para los demás el padre y la madre. Todo lo que hace y tiene se lo debe al Padre celestial. El Padre por su parte le ha concedido lo que es propio del Padre mismo. Cristo participa plenamente del ser del Padre. Es Dios por su esencia misma. El hombre Jesucristo es divino del mismo modo que el Padre. Por eso nadie puede entender al Padre como le entiende Cristo y nadie puede entender a Cristo como el Padre le

entiende. Sólo el Padre puede entenderle. Y esto nos lleva de la mano al más perfecto testimonio de sí mismo que da Jesús en los Sinópticos: a su "grito de júbilo". Cuando volvieron los setenta y dos discípulos enviados por Cristo y contaron que los demonios les obedecían al manderles en nombre de Jesús, vió Jesús confirmada la caída del poder del demonio, e inundado del Espíritu Santo, es decir, a la luz de Dios y en su virtud, prorrumpe en estas palabras: "Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra; porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes y las revelaste a los pequeños. Sí, Padre, porque tal ha sido tu beneplácito. Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre, y quién es el Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quisiere revelárselo." (*Lc.* 10, 21-22; *Mt.* 11, 25-27). Sólo el Hijo es capaz de conocer al Padre, y fuera del Hijo no puede ser de ninguna manera conocido. Cristo mantiene este testimonio incluso ante la amenaza de muerte (*Mt.* 26, 63-64; *Mc.* 14, 61-62; *Lc.* 22-70). Su afirmación de ser Hijo de Dios es tenida por blasfemia, y por ella se le hace reo de muerte. Dos veces confirma el Padre desde el Cielo solemnemente este testimonio de Cristo (*Mc.* 1, 10-11; 9, 7).

Aunque Cristo se llame a sí mismo Hijo de Dios y sea respetado y reconocido como tal por sus discípulos, hay que entender tal expresión sólo en sentido analógico. No quiere decir que en Dios haya una especie de diferenciación sexual. Como veremos, la imagen de Dios anunciada por Cristo está determinada de muy otra manera, supera toda determinación sexual, a diferencia de las divinidades míticas. Tampoco dice la palabra "Hijo" que Cristo en su existencia eterna tenga carácter masculino y no femenino. Sólo dice analógicamente que debe a Dios su ser divino, su vida, su voluntad, conocimiento y amor divino. Como lo único a que alude es a la relación entre el que da y el que recibe, podía haber usado, también en sentido análogo, la palabra "Hija". El hecho de llamarse "hijo" podría tener su razón en que el papel de publicidad que tiene en la historia humana se expresa con tal palabra. La publicidad en la vida le corresponde al hombre, así como corresponde esencialmente a la mujer la intimidad y ocultamiento.

Por ser Hijo de Dios, Cristo es distinto de todos los enviados de Dios, distinto de todos los demás hombres.

Por ser Hijo de Dios, Cristo es señor de la ley del AT, de las ordenaciones divinas viejotestamentarias. Por su propio poder las deroga y exige la justicia perfecta en lugar de la santidad manda-

da por la ley (*Mc.* 7, 1-23; 10, 1-12). En la fórmula solemne y repetida "se os dijo... pero yo os digo" (*Mt.* 5, 21-28) se manifiesta su conciencia de ser no sólo el plenipotenciario de Dios, sino el Señor que tiene poder para disponer de las cosas e instituciones creadas por El. Es más que Jonás y más que Salomón (*Mt.* 12, 41-42) y más que el templo (*Mt.* 12, 6). Es señor de su antepasado David (*Mc.* 12, 35-37). Y ahora se ve la más profunda razón de que sea señor del Sábado, que Dios mismo había dispuesto (*Mc.* 2, 28). Se arroga el poder de interpretar y determinar el precepto del sábado diciendo lo que está o no está permitido. Tiene poder para perdonar pecados y suprimir la lejanía entre Dios y el hombre (*Mc.* 2, 15). Con autoridad divina envió a predicar a sus discípulos (*Mt.* 10, 16; *Lc.* 10, 1-16), y pudo prometerles que siempre estaría con ellos (*Mt.* 28, 20). Y los suyos pudieron confiar en su promesa porque sus palabras tienen validez eterna (*Mc.* 13-31). Por ser hijo de Dios, las promesas de Cristo, sus mandatos y sus amenazas son legítimas. Es competente para todas las cosas que se refieren a la salvación. Es el Yo en el que se deciden y determinan todos los caminos y todos los tiempos, los espíritus y los destinos; en torno a El se reúnen todos los que aman a Dios; contra El lucha Satanás hasta el fin de los caminos de Dios; por amor a El se hará y se seguirá lo bueno; por El se vivirá y se morirá (*Lc.* 18, 22; 21, 12; *Mc.* 9, 21; 13, 13; *Mt.* 18, 5). (Cfr. Stauffer, en *Kittels Woerterbuch zum NT* II 346.)

Jesús tiene desde el principio conciencia de ser Hijo de Dios. No hay ninguna evolución en ella. A los doce años lo sabe con tan evidente seguridad como a los treinta (*Lc.* 2, 41-52). Y esa conciencia no es resultado de cierta experiencia excepcional, sino expresión de un hecho. San Lucas (1, 35) no dice que Jesús es Hijo de Dios por haber nacido de una Virgen, del mismo modo que la mitología griega llama "hombres divinos" a los que nacen engendrados por un dios y una mujer humana. Cristo no es Hijo de Dios por haber sido milagroso su nacimiento, sino viceversa: su nacimiento es milagroso por ser Hijo de Dios.

e) Las palabras de Cristo fueron confirmadas con milagros y obras maravillosas. (*Act.* 2, 22; 10, 36-38; 13, 24-25.) Los milagros son el "sí" dicho por Dios a las palabras de Cristo (*Hebr.* 2, 3-4). Por lo que se refiere a la realidad de los milagros, hay que decir que están tan fuertemente entretnejidos con la vida de Cristo, que no se puede prescindir de ellos sin destruir la figura del mismo

Cristo. Abarcan desde las curaciones de enfermos y expulsión de demonios hasta las resurrecciones de muertos y milagros de la naturaleza (calmar las tormentas, la pesca milagrosa, multiplicación de los panes y el andar sobre las aguas).

aa) El sentido y finalidad de los milagros no es por parte de Cristo la intención de socorrer la necesidad momentánea de un corazón que sufre o deseos de llamar la atención y saciar la curiosidad. Que no fué su intención lo primero es evidente si se tiene en cuenta que nunca salió a buscar enfermos para curarles a todos. El número de los curados es pequeño si se compara con el de los no curados. Es evidente también que Cristo no hizo ningún milagro por pura espectacularidad (y en esto hay esencial diferencia entre El y los magos o hechiceros helenísticos), porque nunca hizo milagros donde no había fe (Mc. 6, 5). Los milagros tenían que preparar el camino a su misión y a la fe en El. Siempre se niega a hacer milagros allí donde tropieza con corazones arteros y espíritus obcecados, no porque eso le reste poder, sino porque el sentido del milagro sería retorcido (Mc. 2, 5; 5, 34; 6, 5; 10, 52; Mt. 13, 53-58). El milagro está, pues, al servicio de su misión. Cristo se revela en los milagros como en la palabra. Su palabra y sus milagros se corresponden mutuamente; forman un todo inseparable. Se apoyan y se fundan uno en otro. En sus discursos explica los milagros como el sello que Dios pone a su testimonio de sí mismo; por lo menos tienen esta significación y sentido, aunque sean también obras con fuerza salvadora. Los milagros no son solamente ayudas oportunas e inesperadas venidas del cielo en los apuros terrenos; son además revelaciones de la presencia de la gloria y poder de Dios, y en cuanto tales son a la vez testimonios divinos a favor de la palabra de Cristo. Cristo se revela en el milagro confirmador de su palabra y en la palabra intérprete de sus milagros como el enviado de Dios, como Hijo suyo. La estrecha y mutua pertenencia de su palabra y milagros es corroborada por Cristo mismo cuando responde a los discípulos de Juan Bautista: “¿Eres tú el que viene o hemos de esperar a otro?” Y respondiendo Jesús, les dijo: Id y referid a Juan lo que habéis oído y visto. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y los pobres son evangelizados” (Mt. 11, 2-5).

bb) En la curación del paralítico se hace especialmente patente que los milagros son signos de la gloria y poder divinos re-

velados en Cristo. Jesús vuelve a Cafarnaún: "Se supo que estaba en casa, y se juntaron tantos, que ni aun en el patio cabían, y El les hablaba. Vinieron trayéndole un paralítico, que llevaban entre cuatro. No pudiendo presentárselo a causa de la muchedumbre, descubrieron el terrado por donde El estaba, y hecha una abertura, descolgaron la camilla en que yacía el paralítico. Viendo Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: "Hijo, tus pecados te son perdonados." Estaban sentados allí algunos escribas que pensaban entre sí: "¿Cómo habla éste así? Blasfema. ¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios?" Y luego, conociendo Jesús con su espíritu que así discurrían en su interior, les dice: "¿Por qué pensáis así en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil decir al paralítico: Tus pecados te son perdonados, o decirle: Levántate, toma tu camilla y vete? Pues para que veáis que el Hijo del Hombre tiene poder en la tierra para perdonar los pecados—se dirige al paralítico—, yo te digo: Levántate, toma tu camilla y vete a casa." El se levantó y tomando luego la camilla, salió a la vista de todos, de manera que todos se maravillaron y glorificaban a Dios diciendo: Jamás hemos visto cosa tal" (Mc. 2, 1-12). Jesús da pruebas del poder divino de perdonar pecados, cosa que nadie puede comprobar, por medio de un signo que puede ser comprobado por todos.

Lo que cuenta San Marcos es sensacional y conmovedor. Los amigos del enfermo y él mismo se tomaron el esfuerzo de llegar a Cristo, hacia quien les empujaba su fe y confianza. Aceptaron la dificultad y la antipatía de los demás, sobre todo del dueño de la casa. Aún más grande debió ser su desilusión cuando el Señor le concedió lo que no esperaban ni pedían, pero no lo que habían querido con tanto esfuerzo conseguir: la salud del cuerpo. El enfermo debió sentirse avergonzado cuando Cristo habló en público de sus pecados. Sin embargo, la desilusión tenía remedio. Cristo descubrió el abandono más profundo, que él no conocía, y del que, por tanto, no había deseado ser curado: el apartamiento de Dios; de él eran síntomas todas las demás necesidades. Por esta revelación la situación fué descubierta ante todos los presentes. Cristo dijo que curaba esta necesidad primera y origen de las demás. Concedió al enfermo la liberación de una carga de la que ningún hombre podía librarle. Los asistentes pudieron oír la voz de Jesús, que decía poder conceder lo que a ningún hombre le está permitido conceder. Tenían como posibles dos modos distintos de acoger esa pretensión. Podían reírse de El como de un loco o com-

padecerle o tacharle de pretencioso, ya que no podían ver en Cristo al Hijo y Heredero de Dios, capaz de hacer lo que prometía. No se les ocurre, sin embargo, esta primera posibilidad. Cristo da tal impresión de sublimidad y seriedad, de dignidad y grandeza, que no se les ocurre el pensamiento de compararle con un anormal. Queda la segunda posibilidad para aquel auditorio no creyente: condenar a Cristo porque se hace igual a Dios. Eso es lo que hace en realidad y que sus contemporáneos vieron claramente. Cristo dice que tiene poder y autoridad para ordenar las relaciones del hombre con Dios, que puede, por tanto, palpar con manos seguras las más íntimas y hondas relaciones de la existencia humana, y que Dios reconoce su obra sin que deba asegurarse de antemano su consentimiento. Si tiene tal pretensión y la dice, no es una mera frase. El da pruebas de poder disponer de la relación del hombre con Dios. Se da a sí mismo tal legitimidad curando la enfermedad, concediendo al enfermo lo que desde el principio estaba deseando, pero que sólo ahora puede comprender en toda su trascendencia y en todo su sentido. Al curar la enfermedad cura el síntoma del desorden que se trasluce en todos los defectos de nuestra experiencia. Cristo pregunta a sus oyentes qué es más difícil, remediar ese síntoma o esa otra más íntima necesidad que le sustenta. No la responde porque no tiene respuesta. Nada es más fácil ni nada es más difícil. Ninguna de las dos necesidades puede ser remediada por el hombre; sólo Cristo tiene poder sobre ellas. Curándolas y remediándolas libra al hombre de las dificultades e impedimentos del cuerpo y del alma, devolviéndole a una existencia verdaderamente digna y humana. Claro que los hombres pueden intentar una y otra vez configurar una vida digna del hombre prescindiendo de Cristo; hasta pueden tener éxito: pueden lograr aquí y allá una humanidad grande y noble; pero sólo en Cristo logra la dignidad humana una garantía que supera todas las garantías terrenas y sobre todo logra una calidad absolutamente superior a la lograda en cualquier humanismo puramente terrestre. Porque, en definitiva, sólo hay fundadas esperanzas de verdadera humanidad allí donde el hombre se orienta hacia Cristo mediante la fe y confianza en El.

cc) El milagro, sin embargo, no fuerza a creer en El y en su misión más que su palabra. La razón natural dejada a sí misma puede hacer intentos felices de explicar naturalmente los milagros de Jesús. Así, por ejemplo, el método puramente histórico aplicado a la explicación de los Evangelios puede decir que Jesús curó

a hombres que se creía que estaban poseídos del demonio. Pero la razón no está obligada o forzada a convencerse por las narraciones evangélicas de que Cristo expulsara demonios realmente.

Las palabras de Cristo no son puras comunicaciones sobre un hecho o contenido; no son puras teorías, sino alocuciones salvadoras, sermones, llamadas, mandatos para que los que están bajo el poder del pecado y se han hecho miopes para ver a Dios se sometan al imperio del Señor inaugurado por el mismo Cristo. El oyente puede negarse a obedecer la llamada de Dios. También los milagros son llamadas de Dios. El que los ve se admira y pregunta: ¿quién es éste? De esa admiración ante los milagros puede nacer la fe. Pero tampoco los signos de gloria y poder divinos revelan inmediatamente a Dios; por no ser más que signos de El, puede explicarles el mal intencionado como signos del demonio; y por fin le parecen pecados y escándalo (*Mt.* 11, 3, 6). (Cfr. volumen I, § 29.) (J. Schmid, *Das Evangelium nach Markus*, 1950, 41-44.) Más adelante hablaremos de la Resurrección, que es el milagro de los milagros.

Epístolas de San Pablo

2. San Pablo sintió a Cristo a las puertas de Damasco como un relámpago que le hizo caer de bruces contra el polvo; no pudo contener su poder. El que se le aparecía en figura de luz se llamaba Jesús; era a quien Pablo perseguía. Saulo, el fanático perseguidor de Cristo, fué elegido por Jesús para instrumento del mensaje de la alegría. Es una llama de fuego que arde de amor a Cristo, una tormenta en la que Cristo revela su poder; es un libro; pero ese libro no tiene más contenido ni quiere tenerlo que a Jesucristo crucificado. Todo el contenido de la vida de San Pablo es Jesús. Se convirtió en apóstol de las gentes por haber hecho de Jesús su vida y por haberle vivido tan intensamente, que él, que antes fué fariseo, fué después quien tuvo que saltar los límites nacionales de la fe tradicional. El tenía que ofrecer esa vida y ese contenido a todo el mundo: sentía a Cristo como a la plenitud de todos los valores, virtudes y posibilidades. Pablo es un espíritu poderoso, rico y fructífero; pero su riqueza, su amor, su fuerza se llama Jesús (H. Schell, *Christus*, 1906, 14).

a) San Pablo siente *a Cristo como poder*, que le toma a su servicio como quiere y cuando quiere; frente al que puede de-

fenderse, pero del que no puede escapar. Por eso, pudo y debió dar testimonio del Señor, cuya gloria y poder había visto y sentido; era el mismo que nació de una mujer (*Gal. 4, 4*) y a quien condenó la ley, el que fué crucificado y de quien Saulo se escandalizó por su vergonzoso fin en la cruz. En la cruz ganó la gloria. Para el Apóstol, es el glorificado por haber sido el crucificado. Fué llamado al apostolado y elegido para predicar el Evangelio de Dios, que por sus profetas había prometido en las Santas Escrituras acerca de su Hijo nacido de la descendencia de David, poderoso según el Espíritu de Santidad, a partir de la Resurrección de entre los muertos, Jesucristo Nuestro Señor (*Rom. 1, 1-4*). Por eso, no se predica a sí mismo, sino a Cristo Jesús, Señor (*II Cor. 4, 5*).

b) En la palabra "Señor" se expresa el poder personal, legítimo y total de Dios que exige obediencia (Foerster, en *Kittels Woerterbuch zum NT III*, 1038, 1087). Nadie puede decir que Jesús es el Señor, sino en el Espíritu Santo, en la luz y virtud del mismo Dios (*I Cor. 12, 3; II Cor. 4, 4-5*). Quien no ha sido iluminado por Dios sólo ve en Cristo la carne según su apariencia terrenal. Quien confesare al Señor Jesús será salvado (*Rom. 10, 9*). Confesarle como Señor y doblar la rodilla ante El, lo mismo que El la dobló ante Dios, es una y la misma cosa (*Phil. 2, 8-11*). Llegará el día en que todo se someterá a Jesucristo, Señor: el cielo, la tierra y los abismos (*I Cor. 15, 24-28*). Desde su Resurrección, Cristo participa en su naturaleza humana de la gloria del Padre. Está sentado a la diestra del Padre y está sobre las Virtudes y las Dominaciones, sobre los Principados y Potestades y, sobre todo lo del cielo y de la tierra. Todo está bajo su poder. Sobre todo el mundo tiene el poder de Dios para ponerle a los pies del Padre después de vencer a los enemigos y a sí mismo con El (*Eph. 1, 20; I Cor. 15, 28*). Esto mismo es el clima de la predicación de Pedro: "Dios ha hecho Señor y Cristo a este Jesús a quien vosotros habéis crucificado" (*Act. 2, 36*).

El cristiano está ligado a Cristo, Señor; está metido en la atmósfera y radio de acción de su muerte y resurrección (*Rom. 6, 3-11*). Está poseído por Cristo (*Gal. 2, 20*). Las comunidades son obra de Cristo. El es la cabeza de la totalidad. El que cree en El está llamado a participar de su gloria (*II Thes. 2, 14*). Ya ahora participa de ella, pero invisiblemente. Hasta que llegue el día de la revelación de esa gloria (*I Thes. 2, 19; I Tim. 1, 12*), el cristiano

debe hacerse digno de Cristo, su Señor (*I Cor.* 11, 27), debe servirle (*Rom.* 12, 11; 16, 18; *Col.* 2, 6; 3, 24; *I Cor.* 12, 5). Su vida es creer en El y amarle (*Eph.* 1, 15; 6, 13). Su cuerpo pertenece al Señor, con el que está hecho un solo espíritu. No puede, pues, usarlo para pecar (*I Cor.* 6, 12-20). El Señor está con los suyos para vencer los poderes del mal (*I Cor.* 12, 7-8). Cuando los colosenses andan en Cristo, a quien han aceptado como señor suyo, Jesús es el Señor del suelo en que arraigan y del que se alimentan, el cimiento sobre el que se construye su salvación (*Col.* 2, 6-7). Todo ocurre por el Señor: en su nombre se saluda y se agradece, se reza y se obra, se vive y se muere (*Rom.* 6, 11; 14, 4-14, 16; 3, 8, 10-16, 22; *II Cor.* 1, 17; 2, 17; *Eph.* 4, 1; *Phil.* 2, 19, 29; 3, 1; *I Cor.* 16, 19, etc.). A El está confiado el destino eterno; vendrá como juez y dirá sobre todos los hombres la última palabra que decide la salvación y la condenación (*I Cor.* 4, 4). El creyente espera esta palabra decisiva con serenidad y confianza (*I Cor.* 1, 8), porque es "su" Señor el que viene a juzgar, el Señor que por infinita misericordia le llamó a la santidad y a la justicia. Evitará todo mal a los suyos y les llevará al reino celestial (*II Tim.* 4, 18). Bien puede el cristiano gloriarse de su Señor. Pero no se glorie de otra cosa que no sea la Cruz del Señor (*Gal.* 6, 14). Hay, es cierto, otros dioses y señores en el cielo y en la tierra. "Para nosotros no hay más que un Dios Padre, de quien todo procede y para quien somos nosotros, y un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas y nosotros también" (*I Cor.* 8, 6). A El sólo es debida la gloria por los siglos de los siglos (*II Tim.* 4, 18).

Al decir San Pablo que Cristo fué *constituído Señor por la Resurrección*, quiere decir estrictamente que desde la Resurrección participa su cuerpo humano de la gloria de Dios. Hasta entonces había estado en El la gloria de Dios, por supuesto, pero sin atravesar los velos del cuerpo, cosa que ocurrió en la Resurrección precisamente: Cristo se hizo espíritu (*II Cor.* 3, 17; cfr. también § 44). En este suceso, sin embargo, no ocurrió más que el hacerse patente lo que siempre había sido real en Cristo.

Ya dijimos antes que la caracterización de Cristo como Señor no supone ninguna *apoteosis*. El fundamento de la apoteosis es el *mito*, y Cristo no está en el ámbito del mito, sino en el dominio de la historia. En el aire del mito, el señor o dominador es vivido y sentido como poder numinoso; nos encontramos aquí con una deformación y desfiguración de lo que las Santas Escrituras dicen

del Señor, a saber: que es representante de Dios en la tierra, que su poder es un feudo suyo y El no es más que un enviado de Dios. En el mito está rota la relación del Señor o dominador con Dios y aislada su divinidad de tal manera que él mismo se presenta como dios. La representación mítica del señor lleva a ver simbolizada en él y en su salvación, en su salud y en su victoria la salvación del pueblo. Por eso, es venerado como dios por el mundo que piensa míticamente. Cristo no es una figura mítica en la que una comunidad humana—pueblo o comunidad cultural—represente sus vivencias y experiencias religiosas, sino una realidad histórica. El ser confesado y alabado como Señor no es más que la expresión de las experiencias que de El tuvieron sus discípulos. Le reconocieron como Señor sobre todos los demás señores, que no fueron más que precursores suyos que esperaban su llegada. El llevó a cabo lo que los otros pensaron. Tenía un señorío que es más profundo que todos los demás. Tenía autoridad sobre las fuerzas del destino, a las que sucumbieron todos los otros señores; y dominio sobre la muerte y el dolor, sobre la preocupación y la angustia, sobre las fuerzas naturales y los pecados del hombre. No sucumbió a la muerte, como sucumbieron todos los demás.

Si Cristo aceptó la muerte fué por libre y señorial decisión. A la hora de despedirse pudo decir con plena seguridad y dominio de la necesidad del destino: "Me voy y vuelvo a vosotros" (*Jo.* 14, 28). El señor de este mundo no tiene parte en El (*Jo.* 14, 30); no puede poner en El la mano, con la que arroja todas las cosas al polvo. Cristo va hacia la muerte con plena libertad. La acepta para ser obediente a la voluntad del Padre. En eso debe conocer el mundo que ama al Padre y cumple la misión que le ha sido confiada (*Jo.* 14, 31). No necesita hacer esfuerzos para esta decisión; no muere como héroe ni como mártir en sentido estricto. Sabe adónde va y adónde se dirige a través de la muerte.

Por ser la muerte para El no más que un paso hacia una vida nueva y libre de toda caducidad terrestre, su morir significa la ruptura del eterno proceso circular de la naturaleza. De una vez para siempre, interrumpió con su muerte la eterna repetición del nacer y morir. Abre el camino, que libera y saca de ese ritmo, lo que significa justamente lo opuesto al mito. Por ser los dioses míticos personificaciones de cosas y procesos naturales, la fe en ellos no libera de la naturaleza, sino que hunde en ella cada vez más profundamente. La piedad mítica significa que sus creyentes se realizan en la naturaleza y se adaptan a su proceso y devenir, que

se sumergen en la vida cósmica de la naturaleza. El que reconoce a Cristo por Señor suyo espera, al contrario, ser sacado de esa inmersión en la naturaleza a la inmutable vida de Dios. Nadie tiene poder para eso más que un solo Señor: Cristo. El puede, por tanto, salvar de la última y definitiva necesidad. No hay otro Redentor. Cristo hace ver su superioridad sobre las fuerzas naturales en los milagros testificados en los Evangelios. Al multiplicar los panes y curar a los enfermos, al dominar las tormentas y las olas, revela su poder sobre las fuerzas de la naturaleza, que intimidan y aplastan a los hombres. Cristo se apodera de la naturaleza y la cambia de tal manera que tiene que servir al hombre. Al poner la naturaleza al servicio del hombre deja libre el camino para una vida verdaderamente digna del hombre. Sólo puede haber una existencia auténticamente humana en virtud de El, porque las necesidades que El sólo puede remediar están muy hondas en la vida humana y la impiden y lastran. Es cierto que el hombre puede crear por sus propias facultades un orden de necesidades; hasta puede producir sin Cristo una gran cultura, incluso magnífica y encantadora; puede, sin El, hacer grandes cosas en las Ciencias y en las Artes. Pero en la cima más alta resta siempre un orden de necesidades. Antes de Cristo, consiste ese orden en la venida del Señor—*in adventu Domini*—, en la espera del verdadero Salvador. Después del nacimiento de Cristo, las obras construídas por sus enemigos son signos de la autonomía humana y llevan en sí, como todo lo antidivino, la semilla de la perdición. Los fracasos y catástrofes de que está llena la historia humana nos hacen sentir lo poco que pueden hacer los hombres para edificar una existencia auténticamente humana con las solas posibilidades de esta tierra.

En los milagros de Cristo, sobre todo en su Resurrección, se revela su señorío como a relámpagos; sólo logrará su plenitud en el mundo futuro; entonces serán definitivamente alejados de la historia humana el dolor y la muerte. Entonces se presentará como vencedor y juez. Sobre el agitado mar de todas las decadencias y odios, de todos los vicios e incredulidades se levantará como el que era, es y será. Hasta ahora, puede parecer que el señorío de Cristo ha sido débil e insignificante y que han sido otros señores los que han determinado la marcha de la historia humana. Cristo ha sido siempre su verdadero señor; El es quien tiene en la mano el timón y por El pasan todos sus hilos. Todas las

criaturas son instrumentos suyos; todos los sucesos y acontecimientos están al servicio de su voluntad. La majestad del Señor de los cielos, oculta mientras dura la historia humana, se revelará un día con radiante claridad.

La Iglesia primitiva, hasta en medio de las angustias y persecuciones, estaba tan segura del señorío de Cristo que ponía su imagen—la imagen del Pantocrator—en el ábside de sus templos; que adornaba la cabeza del crucificado con corona de rey. Confesaban así el imperio de quien es siempre rey, de quien, sin embargo, sólo revelará su realeza a los ojos del mundo en el futuro y más allá de la historia humana.

No todos son capaces de creer en el imperio de Cristo. El autónomo y creyente del mundo no es capaz de confesar el reinado de Jesús, pues sólo cree en el señorío intramundano, en los señores que puede ver y palpar él mismo. Sólo el que puede mirar más allá del mundo y de los poderes del mundo, sólo el que puede darse cuenta de que la realidad que está más allá del mundo es más fuerte que todos los poderes terrestres, de que el Padre celestial tiene más poder que todos los dominadores de la Historia, es capaz de confesar el reinado y señorío de Cristo y podrá glorificarle como a Señor suyo. No se gloria de más señores que del Crucificado (*Gal. 6, 14*); tiene confianza y se mantiene en todos los cambios y trastornos de la existencia, pues sabe que su Señor está sobre todos y que le librarán algún día de todas las necesidades. El que cree en el mundo se reirá de tal Señor, porque le parece pobre de espíritu y abandonado. El que cree en Cristo se sabe siempre obligado con su Señor; todo lo hará por amor a El. Por El saludará y dará las gracias, rezará y obrará, vivirá y morirá (*Rom. 14, 7-8*).

Quien le ha elegido por Señor sabe que está al servicio de un poderoso que no oprime ni esclaviza a los que le sirven. Con El no puede esperarse que la libertad sea suprimida; El no cayó en la tentación, en la que todos los otros señores cayeron, de esclavizar a sus súbditos, de tratarlos como mercadería y despojarles de su humana dignidad. Cristo, siendo Señor, imprime señorío a los que le son fieles. Su imperio es servicio a sus súbditos. Obliga a un servicio que supera en importancia y responsabilidad a todos los servicios de la tierra, pues permite a sus súbditos participar de su propia plenitud de vida y de su propia fuerza existencial. Su imperio es servicio del amor que se regala a sí mismo.

c) Cristo es el Hijo de Dios desde la eternidad. El es el Hijo a quien el Padre envió en figura de hombre (*Rom.* 1, 3-4; 3, 21-31; 4, 1-25; 8, 3; *II Cor.* 1, 15; 8, 9; *Gal.* 1, 4; 4; *Phil.* 2, 6-11). El Evangelio del Señor no es, por tanto, más que la buena nueva del Hijo enviado al mundo por el Padre (*Rom.* 1, 3, 9). El es el cumplimiento de todas las promesas divinas (*II Cor.* 1, 19-20). El apóstol, a quien El se reveló, debe revelarle a los pueblos paganos (*Gal.* 1, 16). Lo que debe predicar de El es que Dios nos ha reconciliado con El mismo por medio de su Hijo, por su muerte en la cruz y por su Resurrección; porque nosotros éramos antes pecadores y enemigos de Dios (*Rom.* 5, 6-11; *Eph.* 1, 6), predica que debemos hacernos semejantes a la imagen de su Hijo (*Rom.* 8, 29); que hemos sido llamados para vivir en comunidad con el Hijo de Dios (*I Cor.* 1, 9), Jesucristo, Señor nuestro; que por El tenemos acceso al Padre (*Eph.* 2, 18); que Dios nos ha trasplantado al reino de su Hijo querido (*Col.* 1, 13). Tendremos parte en esa comunidad por la fe en el Hijo. La fe en Jesucristo, Señor, es fe en el Hijo de Dios (*Gal.* 2, 20), en el Hijo, sencillamente, porque El es el Hijo sin igual (*I Cor.* 15, 28). El Juez, a quien los cristianos esperan confiadamente, cuya venida esperan en la angustia del tiempo, es el Señor resucitado de entre los muertos, que es el Hijo de Dios mismo (*I Thes.* 1, 3, 10; 2, 19; *I Tim.* 6, 14). El Hijo puede darnos parte en la vida de Dios, porque en El habita la plenitud de Dios (*Col.* 2, 9-10). El llamar a Cristo Dios no es más que una expresión más clara. "Los israelitas, cuyos son los patriarcas y de quienes, según la carne, procede Cristo, que está por encima de todas las cosas, Dios bendito por los siglos, amén" (*Rom.* 9, 5); aquí están crudamente yuxtapuestas la incomparable majestad de Dios y la debilidad de la carne; pero justamente así se destaca luminosamente lo divino. La divinidad del Padre y la de Cristo son comparadas por el apóstol cuando dice a los filipenses (2, 10) que también a Cristo se debe la adoración debida a Dios (*Eph.* 3, 14). (Cfr. artículo "Kyrios", en *Kittels Woerterbuch zum NT III*, 1038 a 1094, de W. Foerster.)

3. *La epístola a los hebreos*, que no es directamente de San Pablo, aunque, sin duda, procede de él porque es hija de su espíritu, da testimonio de Cristo, como Sumo Sacerdote, que, con su sumo sacerdocio, anula y cumple todos los demás. Es el Sumo Sacerdote incomparable, porque es el Hijo de Dios, que subió hasta el cielo estando revestido de las flaquezas de la carne humana (4.

14-15). El es el esplendor de la gloria de Dios e imagen de su substancia (1, 3); con su poder sustenta todas las cosas (1, 3) y es superior a los ángeles, porque éstos son criaturas de Dios y emisarios de su voluntad y El está sentado a la diestra de Dios (1, 3-4; 3, 1-6). Está ungido con la gloria de Dios, llena los tiempos y permanece intacto de la transitoriedad del mundo; no desciende de la creación y tiene en la mano a todas las criaturas; crea y funda su salvación; es rey del acontecer del mundo y de su fin (1, 5-14). Equidad, rectitud y justicia son los caracteres de su reinado. La fe en El es, por tanto, la última y definitiva exigencia y el no creer en El, el peligro mayor (cfr. O. Michel, *Brief an die Hebraeer*, 1936, 21-29).

Evangelio de San Juan

4. San Juan AA), en su *Evangelio*, da testimonio de lo que ha visto y oído en nombre de muchos que creen y conocen lo mismo que él. Escribe un libro de confesiones (1, 14, 16; 21, 24). Es el testimonio de un hombre que fué conducido por Cristo desde la muerte a la vida, desde las tinieblas a la luz y que ahora habla a los demás de la admirable redención, de la vida y de la luz, para que participen también de la misma gloria. Esa es la intención que le inspira la elección de sus experiencias de Jesús: "Muchas otras señales hizo Jesús en presencia de los discípulos, que no están escritas en este libro: y éstas fueron escritas para que creáis que Jesús es el Mesías, Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre" (Jo. 20, 30-31). Así, pues, sólo en la fe puede aceptarse el misterio de Cristo. Para los ojos del que cree, Cristo está revestido y rodeado de la dignidad del enviado de Dios.

En general, puede decirse que, "a diferencia de los Sinópticos, en San Juan, Jesús manifiesta su pretensión de mesianismo desde el principio de su actividad pública. Claramente se hace reconocer como Mesías, primero sólo por la samaritana (4, 25-26) y más tarde por el ciego de nacimiento (9, 35-37). En cambio, ante el pueblo no da un testimonio inequívoco de su dignidad de Mesías antes de su entrada en Jerusalén (12, 12-13); en la fiesta de la Dedicación, los judíos le apremian para que diga si es el Mesías, a lo que les responde que ya se lo ha dicho desde hace tiempo" (10, 24-25). Es cierto que Jesús reveló su conciencia mesiánica en todos los discursos de Jerusalén, pero también es cierto que no

dió ningún testimonio inequívoco, pues en ninguno se aplica a sí mismo la designación de Mesías, que era la corrientemente conocida y usada. Ante Pilatos, se confiesa por vez primera como "rey de los judíos", pero añade que no entiende ese título en el sentido de un liberador y dominador del pueblo judío (18, 33). A pesar de todo, es cierto que, según San Juan, "el mesianismo de Cristo fué revelado desde el principio a sus discípulos y creyentes" (cfr. 10, 14; 10, 27). San Juan coincide con los Sinópticos en que "también, según él, la primera revelación inequívoca de Jesús como Mesías ante el pueblo ocurrió al entrar en Jerusalén a lomos de un borriquillo; entonces se dejó llamar Hijo de David, es decir, rey mesiánico" (12, 12-13) (A. Wikenhauser, *Das Evangelium nach Johannes*, 1948, 93 y sigs.).

a) En el Evangelio de San Juan, mensaje de la gloria de Dios en Cristo, el mayor espacio está ocupado por el *testimonio que Jesús da de sí mismo*.

aa) En variaciones siempre nuevas, salta de Cristo la conciencia de su procedencia de Dios (13, 13), de que no procede de sí mismo (3, 31; 7, 28; 8, 42), de que cumple la obra del Padre (4, 34; 9, 4). Asegura que habla las palabras de Dios que le han sido confiadas. Puede hablarlas, porque Dios le dió el espíritu sin medida (3, 34; 12, 49; 14, 24). Por eso, su doctrina no es suya, sino de quien le ha enviado (7, 16). Creer en Cristo quiere, pues, decir creer en el que le ha enviado: creer las palabras del Padre (5, 30. 38; 12, 44-45). Los "judíos" no pueden creer en El, porque han cerrado su corazón a Dios (*Jo.* 5, 36-37; 15, 21; 8, 42). El Padre obra y realiza mediante Cristo la salvación del mundo (6, 38-40). Cristo no obra por propia voluntad ni según su sabiduría; por eso, sus palabras y obras no están al servicio de su propia utilidad y fama, sino al de la gloria de Dios (7, 18). El hecho de que su manera de obrar escandalice hasta a sus propios parientes, demuestra cuán poco se preocupaba de sí mismo (7, 3). Como enviado del Padre, Cristo juzgará una vez y su juicio es verdadero, porque se hará de acuerdo con el Padre (8, 16). Salió del Padre y volverá otra vez al Padre.

bb) Cristo es el *Hijo del Hombre* enviado por Dios. San Juan usa esa expresión en el mismo sentido que los Sinópticos, pero no se repite en él como en éstos; además, se destaca claramente la preexistencia originaria del Hijo del Hombre antes de la historia

humana y antes de la creación del mundo, cosa que en los Sinópticos está velada. Sólo el Hijo del Hombre, que viene del cielo, puede dar testimonio de las cosas del cielo (3, 13-14). Por ser el Hijo del Hombre que viene del cielo, está en continua comunicación con el cielo. Angeles son los mensajeros que están a sus órdenes; llevan al cielo sus oraciones y deseos y traen de allí su cumplimiento (1, 51; cfr. el comentario de Tillmann a este texto).

Por ser el Hijo del Hombre, que ha bajado del cielo a la tierra, el Padre le ha confiado el Juicio. Ya en esta vida se dividen los hombres, afirmándole o negándole (5, 27). Antes de que venga a juzgar revestido de gloria (12, 23), tiene que ser levantado en la cruz (12, 34). Es esto precisamente lo que no pueden entender los oyentes judíos; no les cabe en la cabeza que la muerte sea el principio de la glorificación (13, 31). Así, pues, la bajada del Hijo del Hombre desde el cielo es el principio del camino que le lleva hasta el abismo de la muerte; pero después es otra vez elevado hasta su gloria primera y original (*Jo.* 3, 13-14; 6, 61-62; *Apoc.* 1, 13, 17-18). Desde allí vendrá a juzgar y hacer justicia (*Jo.* 5, 27; *Apoc.* 14, 14) y a revelar su gloria ante todo el mundo (*Jo.* 8, 28). Entonces le servirán los ángeles (*Jo.* 1, 51). (Cfr. Stauffer, *o. c.*, 91.)

cc) La grandeza de Cristo está claramente expresada en la palabra *Hijo*, usada por los Sinópticos y por San Pablo sobre todo. San Juan la usa en el mismo sentido, pero en él tiene más importancia que en los demás autores neotestamentarios. La expresión "Hijo de Dios" es en San Juan la autodenominación predominante de Jesús; junto a ese nombre, todos los demás palidecen y apenas cuentan. Cristo tiene conciencia de ser Hijo de Dios, el único Hijo de Dios (3, 18). El es el Hijo y junto a El no hay nadie que lo sea de igual modo. El amor de Dios se hace patente en el hecho de haber enviado al Hijo que ama (3, 35) hasta el mundo no para juzgarlo, sino para salvarlo (3, 16-18). Quien cree en el Hijo, puede ganar la vida eterna; pero el que no cree en El, permanecerá en la muerte (3, 36). En el Hijo se decide el destino de cada hombre. Pero no depende del capricho del hombre el vivir o morir, sino que más bien es el Hijo mismo quien en su libre y dominadora grandeza decide quién quiere que viva. Puede regalar la vida, porque la tiene plena y totalmente (5, 26). Quien honra al Hijo honra también al Padre (5, 23); quien no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió (5, 23). Dios es padre de

Cristo de manera única (2, 16; 5, 17, 43; 6, 32; 8, 19, 49, 54-55). El Resucitado se sitúa en estricta separación frente a los demás: subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios (*Jo.* 20, 17); es Hijo desde la eternidad (17, 15); ni empezó a ser ni fué creado: "antes que fuera Abraham, soy yo" (8, 58; cfr. 17, 5). Es la eterna palabra que Dios habla y con la que expresa totalmente los misterios de su propia naturaleza divina (1, 1-2). Es uno con el Padre en ser y actividad (5, 17-18; 10, 30). Al despedirse de sus discípulos, antes de su Pasión, les exige creer en El y en su Padre. Habla de sí y del Padre con un "nosotros" comunitario. En esta comunidad quiere introducir a los suyos, porque es el fundamento de toda verdadera actividad. Sin El no hay verdadera acción (15, 5). La actividad y hecho originarios en que se unifican el Padre y el Hijo, el Hijo y los discípulos, es el amor. "No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no fuera así, os lo diría, porque voy a prepararos el lugar. Cuando yo me haya ido y os haya preparado el lugar, de nuevo volveré y os llamaré conmigo, para que donde yo estoy estéis también vosotros. Pues para donde yo voy, vosotros conocéis el camino."

Díjole Tomás: "No sabemos a dónde vas; ¿cómo, pues, podemos saber el camino?" Jesús le dijo: "Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí. Si me habéis conocido, conoceréis también a mi Padre. Desde ahora le conocéis y le habéis visto." Felipe le dijo: "Señor, muéstranos al Padre, y nos basta." Jesús le dijo: "Felipe, ¿tanto tiempo ha que estoy con vosotros y no me habéis conocido? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú muéstranos al Padre? ¿No crees que yo estoy con el Padre y el Padre en mí? Las palabras que yo os digo no las hablo de mí mismo; el Padre que mora en mí hace sus obras. Creedme, que yo estoy en el Padre y el Padre en mí; a lo menos, creedme por las obras" (14, 1-11). Antes de ser hecho prisionero, ora Jesús al Padre: "Padre, llegó la hora; glorifica a tu Hijo para que el Hijo te glorifique, según el poder que le diste sobre toda la carne, para que a todos los que Tú le diste les dé El la vida eterna. Esta es la vida eterna; que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo. Yo te he glorificado sobre la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar. Ahora tú, Padre, glorifícame cerca de ti mismo con la gloria que tuve cerca de ti antes que el mundo existiese.

He manifestado tu nombre a los hombres que de este mundo

me has dado. Tuyos eran, y tú me los diste, y han guardado tu palabra. Ahora saben que todo cuanto me diste viene de ti; porque yo les he comunicado las palabras que tú me diste, y ellos ahora las recibieron, y conocieron verdaderamente que yo salí de ti, y creyeron que tú me has enviado. Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que tú me diste; porque son tuyos, y todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío, y yo he sido glorificado en ellos. Yo ya no estoy en el mundo; pero ellos están en el mundo, mientras yo voy a ti. Padre santo, guarda en tu nombre a estos que me has dado, para que sean uno con nosotros. Mientras yo estaba con ellos, yo conservaba en tu nombre a estos que me has dado, y los guardé, y ninguno de ellos pereció, si no es el hijo de la perdición, para que la Escritura se cumpliera. Pero ahora yo vengo a ti, y hablo estas cosas en el mundo para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos. Yo les he dado tu palabra, y el mundo los aborreció porque no eran del mundo, como yo no soy del mundo. No pido que los tomes del mundo, sino que los guardes del mal. Ellos no son del mundo, como no soy del mundo yo. Santifícalos en la verdad, pues tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, así yo los envié a ellos al mundo, y yo por ellos me santifico, para que ellos sean santificados de verdad.

Pero no ruego sólo por éstos, sino por cuantos creen en mí por su palabra, para que todos sean uno; como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, para que también ellos sean en nosotros, y el mundo crea que tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que tú me diste, a fin de que sean uno como nosotros somos uno. Yo en ellos y tú en mí, para que sean consumados en la verdad y conozca el mundo que tú me enviaste, y amaste a éstos como me amaste a mí. Padre, lo que tú me has dado, quiero que donde esté yo estén ellos también conmigo, para que vean mi gloria, que tú me has dado, porque me amaste antes de la creación del mundo. Padre justo, si el mundo no te ha conocido, yo te conocí, y éstos conocieron que tú me has enviado, y yo les dí a conocer tu nombre, y se lo haré conocer, para que el amor con que me has amado esté en ellos y yo en ellos" (Io. 17).

dd) Por ser Cristo el Hijo de Dios revelado en la carne, es el *camino*, la *luz*, la *verdad*, la *resurrección* y la *vida* (11, 25; 14, 6; 6, 35-36). "Es todo esto en el pleno y definitivo sentido; sólo El es todas estas cosas a la vez. En una palabra: todas estas denominaciones concretas y abstractas son *nombres* que Cristo se arroga

disputándolos a cualquier otro objeto o ser. San Juan no habla de la realidad de Jesús en especulaciones conceptuales. Todo lo que en el mundo es grande, significativo y saludable, se hace nombre que expresa la posición única del Yo de Jesús. Toda la creación se trasciende en El, que la sobrepuja en sentido físico, espiritual y ético. Por eso no le agota ningún nombre particular; en definitiva todos son negados y se rompen ante su realidad" (Stauffer, en *Kittels Woerterbuch zum NT II*, 348). Por eso están en las tinieblas y en la muerte los que no creen en El, que es la Luz y la Vida; no necesitan ser juzgados; ya están juzgados, porque no aceptaron la Vida y la Luz reveladas en el Hijo (3, 17-21).

Así, pues, Cristo es la *Verdad*. Al decir que es la Verdad afirma que El interpreta auténtica y fielmente el mundo y también al hombre y a Dios. Quien quiera saber y vivir lo que es el hombre y Dios, el mundo y la Historia, debe atender las palabras de Cristo. Cristo dice la última verdad y no la penúltima; reveló lo que es el hombre delante de Dios y lo que es Dios para los hombres; da siempre la medida definitiva, el último criterio. Sobre el tema dice el teólogo danés Kierkegaard, en su libro *Enfermedad para la muerte*: "¡Qué infinita realidad logra el hombre cuando tiene conciencia de que existe ante Dios, de que es una mismidad humana cuya medida y criterio es Dios! Un vaquero que fuera él-mismo frente a sus vacas (si eso fuera posible) sería una abyecta mismidad; y lo mismo un señor que es él-mismo frente a sus esclavos; propiamente no tienen mismidad, no son ellos-mismos; falta el criterio y la medida. El niño que sólo ha tenido como criterio a sus padres, llega a ser él mismo, llega a ser varón cuando acepta al estado como medida; pero ¡qué infinito contenido se carga en la mismidad cuando se acepta a Dios como medida!" Cristo anuncia la *verdad existencial*, la verdad en que se decide la salvación o condenación. Afirmarle, significa salvarse; negarle, significa caer; la verdad que El anuncia exige reconocimiento incondicional; es una llamada que obliga a obrar. El oyente puramente interesado no se justifica; se asemeja a la simiente que cae en tierra pedregosa, y no puede echar raíces y termina secándose. No basta el interés religioso. La verdad de Cristo exige entrega y obediencia. Comparad con ella, las verdades que pueden encontrar los hombres son vulgares y de segundo orden; también tienen su importancia y son imprescindibles para la vida de este mundo; sin ellas faltaría a la existencia humana la luz que el hombre necesita para poder moverse por el mundo, para captar el

sentido de la vida. Son las verdades de la ciencia, de la filosofía y del arte; sirven a la cultura, al orden económico, político y social. Estas verdades pueden parecer las últimas a todos los que tienen a este mundo como criterio definitivo. Por muy digno de esfuerzo que sea su descubrimiento, no pueden, sin embargo, responder a las últimas cuestiones que mueven al hombre, y aún dentro del ámbito en que son válidas, no ofrecen nunca una seguridad absoluta. Están además sometidas al cambio y a la evolución. Por eso el hombre no se siente obligado incondicionalmente por las verdades descubiertas por él; sabe que sólo sirven para establecer un orden de necesidades. En cambio, Cristo predica la verdad que responde a las últimas cuestiones; la predica con una obligación incondicional. El mismo respondió por la verdad que había predicado con su muerte; y exige del que oye su predicación y la capta la misma actitud.

Cristo, por tanto, es más el predicador de la verdad, su revelación. Esa verdad que dice, que es no sólo una palabra en la que se explica la realidad, sino más bien la realidad misma. El hombre debe mantenerse en esa verdad y vivir de ella. Debe adueñarse de él y dominarla como un poder inflexible y a la vez consolador. Lo que se ha dicho de la verdad, en la que el hombre debe mantenerse y por la que debe rezar a Dios, es mucho más claro en la palabra griega; *aletheia* significa lo no-escondido, la realidad patente y desvelada, y más exactamente la realidad de Dios. Cristo logró que Dios, antes inaccesible al hombre a causa del pecado, se hiciera accesible. En El se hizo Dios próximo y accesible al hombre, pues El es el Revelador del Padre, la mirada de Dios vuelta al mundo y revelada. En Cristo ha vuelto a encontrarse el hombre con Dios dentro de la historia; en El tiende Dios la mano al hombre. Por increíble y paradójico que parezca, es cierto que quien coge la mano de Cristo coge la mano de Dios. En Cristo Dios se convierte de lejano en íntimo y se deja asir en la fe y amor a Cristo.

Por la fe se vuelve el hombre al tú divino que se ha vuelto a él en Cristo. Quien ve a Cristo ve al Padre, porque Dios se hizo accesible y se reveló en Cristo. Quien me ve a mí, ve al Padre. Esta visión no es un puro conocimiento interesado. La palabra "ver" tiene aquí un sentido intenso y profundo; significa unirse, desposarse. Las palabras de Cristo tienen aquí un sentido lleno de significación: quien se une a mí por el amor, se une también al Padre. El Padre viene a él para hacer morada; será formado y configurado por Dios; será deiforme. Cristo revela, pues, a los

hombres una realidad distinta de la de este mundo. Por eso la vida del que cree en Cristo no se desarrolla dentro de los límites de este mundo. La vida de esta tierra no es para él lo último y definitivo; ni son tampoco definitivos para él los placeres de este mundo.

Cristo puede decir a sus creyentes: "No tengáis ningún miedo en vuestro corazón" (*Io.* 14, 1). Con estas palabras pide y exige a sus fieles que no tengan miedo ni de la muerte que se acerca. Cristo manda no angustiarse ante los peligros de este mundo. En el mismo sentido exige otra vez: "No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, que al alma no pueden matarla" (*Mt.* 10, 28). Cuando Cristo manda no temer ni angustiarse, sino resistir y superar la angustia natural ante la muerte, último peligro de la existencia, no quiere eso decir que empequeñezca los peligros e inseguridades terrestres. Al contrario, Cristo descorre los velos y deja al descubierto los abismos en que puede caer la vida humana; revela a los suyos que deben contar con la muerte. Les libera de cualquier ilusión. No les promete una vida segura y protegida en este mundo. Deben contar con que chocarán y se estrellarán contra la resistencia y oposición del mundo. Se estrellarán sin duda contra el muro de la muerte. Cristo les muestra las situaciones-límite de las que no hay salida posible. Pero a la vez les exige no caer abúlicamente en los peligros y amenazas de la vida, sino elevarse desde el abismo de la angustia y preocupación hasta una vida de esperanza y confianza.

Al no prometer a los suyos nada de este mundo, les niega lo que el mundo pide. El mundo pide vida, plenitud y seguridad vital dentro de sus propios límites. Expresamente acentúa Cristo que no quiere dar tales dones mundanos. A pesar de todo, promete a los que creen en El el cumplimiento de su últimos deseos y exigencias. Al negarles la plenitud y seguridad mundanas no les exige reducir o reprimir sus deseos y exigencias; eso llevaría a una reducción y minimización de su vida. Más bien les exige que tiendan sus anhelos hacia lo más alto. Aunque no puedan ser cumplidos en este mundo, Cristo les promete su cumplimiento. Les ha abierto la puerta a una realidad que supera todo lo terreno; ante ella, todo lo terreno, por grande y noble que sea, parece miserable y pequeño; les da acceso a la realidad de Dios en la gloria de su amor.

Allí espera a los hombres numerosas moradas (*Io.* 14, 2-3). El mismo Cristo prepara morada a los suyos en la casa del Padre. Tiene derecho a ello, porque en la casa del Padre tiene los derechos del Hijo y Heredero. Al prometer a los suyos una morada, les promete también plenitud y seguridad para sus vidas. La morada

es más que una mera habitación. Esta resguarda de las inclemencias de la intemperie; la morada, en cambio, da cumplimiento a todos los anhelos de la existencia: es la expresión de la esencia del morador. La morada que Cristo prepara a los suyos es acomodada a ellos y ellos se sentirán en ella como en su casa y hogar.

Cuando Cristo habla de muchas moradas, promete también la plenitud del hogar, la intensidad del acogimiento y seguridad (*Beheimatung*). El que entra en la morada preparada por El está definitivamente seguro (*beheimatet*), de forma que ya no volverá a estar lejos ni ser extraño. Allí está en la casa que el corazón estaba deseando, en el amor del Padre. Mientras el hombre no llega a esa morada, es empujado por el desasosiego del viajero y del peregrino. Cuando llega a ella ya no volverá a intranquilizarse. Allí logra la plenitud de todo lo que en él anhelaba plenitud. El hombre llega así mismo en Dios, cuya puerta Cristo abrió. Estas son las puertas que Cristo abre cuando dice que El es la Verdad.

Se verá mejor la importancia de la verdad revelada por Cristo y su poder, si se piensa que Dios es el *Amor*; que la realidad divina revelada en Cristo es por tanto la realidad del amor, el amor que se da y se entrega. Por Cristo se hizo actual y presente, accesible y cercano el amor en este mundo. Por muy velado y escondido que esté, es cierto que está presente en la historia, en la sucesión de la vida y la muerte, del dolor y la esperanza de los hombres como el poder que lo mueve todo.

Aunque el odio se precipite en locos ataques, el amor revelado en Cristo seguirá teniendo con mano segura el timón. En medio de los giros y bramidos de la rabia y desesperación del odio, el hombre puede agarrarse al Amor revelado en la carne que siempre está cerca de él, tendiéndole la mano. Desde los abismos del odio puede entrar en el ámbito del amor abierto por Cristo. Cuando el odio le ataca y deshace, como deshizo a Cristo, no cae en el vacío, sino en los brazos del amor todopoderoso que se reveló al mundo en Cristo. Agarrándose a El puede salvarse antes que sea dominado por el odio y conteste con odio al que odia y con calumnias al calumniador. El Amor revelado en Cristo libra al hombre, que tiende la mano hacia El del peligro del egoísmo y del orgullo. Cuando el que cree en Cristo se une a El, se une al amor personificado. Cuando está poseído por Dios, lo está por el amor; cuando es deiforme, está configurado por el amor. En el amor se cumple su esencia y vida más íntimas. Como luego veremos el hombre por proceder de Dios, que es Amor, está sellado de amor en lo más íntimo de la

persona; por tanto, una vida esencial es una vida de amor; el amor es el sentido de la vida. Quien aspira al Amor revelado en Cristo y se une a El en el ofrecimiento, logra el último y definitivo sentido de la vida, parcialmente en su vida de peregrino y definitivamente después de la muerte. Este logro del sentido de la vida no podrá ser amenazado si el hombre se entrega al Amor revelado en Cristo. Y así puede San Pablo, con el sentimiento de la definitiva seguridad, en medio de las amenazas de la existencia, entonar un himno de triunfo: "Sabemos que Dios hace concurrir todas las cosas para el bien de los que le aman, de los que según sus designios son llamados. Porque a los que de antes conoció, a esos los predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo, para que éste sea el primogénito entre muchos hermanos; y a los que predestinó, a esos los justificó; y a los que justificó, a esos también los glorificó. ¿Qué diremos, pues, a esto? Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no perdonó a su propio Hijo, antes le entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos ha de dar con El todas las cosas? ¿Quién acusará a los elegidos de Dios? Siendo Dios quien justifica, ¿quién condenará? Cristo Jesús, el que murió, aún más, el que resucitó, el que está a la diestra de Dios, es quien intercede por nosotros. ¿Quién nos arrebatará al amor de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada? Según está escrito:

"Por tu causa somos entregados a la muerte todo el día, somos mirados como ovejas destinadas al matadero."

Mas en todas estas cosas vencemos por aquel que nos amó. "Porque persuadido estoy que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni lo presente, ni lo venidero, ni las virtudes, ni la altura, ni la profundidad, ni ninguna otra criatura podrá arrancarnos al amor de Dios, en Cristo Jesús, nuestro Señor" (*Rom.* 8, 28-39). Cuando Cristo, al despedirse de los suyos, les mandó no tener miedo aunque les amenazara la muerte, les enseñó el *Camino* hacia la realidad de Dios, revelada por El y que es una realidad de amor. El mismo es ese camino (*Io.* 14, 4-5). No hay otro. Todos los demás no son más que semejanzas. Los hombres recorren por el mundo muchos caminos para lograr la plenitud de su vida. Por muchos senderos quieren llegar allí adonde su corazón les empuja. Individuos y sociedades no se ahorran trabajos y esfuerzos para encontrar el camino en que está señalada la meta de sus anhelos. Pero todos los caminos de esta tierra terminan siendo callejones sin salida; todos acaban en este mundo; dentro de él pueden sin

duda llevar muy lejos; conducen hasta el tú humano, en el que el humano yo cree encontrar la liberación de su soledad; llevan al pueblo, al estado, a la comunidad, hasta el honor y la riqueza, el poder y la fama; hasta la cumbre de la cultura, del arte o de la ciencia. Pero después de recorridos, siempre queda el desasosiego y un impulso hacia más allá. Quien les recorre tiene que descubrir necesariamente que no hay ningún camino que lleve hasta donde el anhelo y el corazón quieren ir. Todos los caminos de la tierra terminan volviendo sobre sí mismos, dando vueltas en círculo cerrado. Si sólo existen esos caminos, el peregrinaje errabundo del hombre no tiene una esperanza definitiva.

Pues en verdad para los hombres no hay más que penúltimas esperanzas, es decir, no hay esperanza. Si se da cuenta de que un camino no lleva a ninguna parte, puede emprender otro y pronto llegará a saber que tampoco ése ofrece una promesa definitiva.

La situación del hombre es en definitiva cerrada y sin camino. Puede intentar quedarse en esta cerrazón con ánimo decidido; puede intentar soportar una vida sin esperanza última. Entonces se le abre una mirada sobre la nada. El horizonte del hombre que no conoce más caminos que los de la tierra, es el nihilismo; el nihilista es un hombre desesperado. En esta situación, grita Cristo su palabra de consuelo y promesa: "Yo soy el camino." Eso quiere decir que sólo El es el verdadero y auténtico Camino; un camino distinto de todos los demás de la historia humana. Su camino conduce hasta más allá de la Historia y del Cosmos; lleva hacia una realidad que trasciende de la Naturaleza y la Historia. No es una prolongación de los caminos terrestres, sino otra especie de camino. La realidad que está al fin de ese camino, está presente en el espacio y en el tiempo; pero es cualitativamente distinta de ellos: es la realidad del yo divino. El Camino que Cristo abre a los suyos llega verdaderamente a la meta; más allá de ella nada existe; quien llega a ella siente que ya nada le empuja a seguir caminando.

No es que Cristo enseñe ese camino o sea su indicador; El mismo es el Camino; el hombre le recorre por la fe; quien cree en Cristo emprende el camino que lleva al Padre. No hay otro hacia El. Por Cristo llega el hombre al Padre y a sí mismo. Quien recorre ese camino llamado Cristo y que logra lo que ningún otro de la tierra logra, no puede olvidarse de los caminos del mundo. Camina por ellos de una a otra parte, de un sitio a otro, pues debe administrar la tierra. Pero peregrinando los caminos terrestres, re-

corre uno invisible que, más allá del tiempo, conduce hasta la eternidad.

Cristo es la *Luz*. ¿Qué significa la luz? La luz ilumina el mundo para que el hombre pueda ver y orientarse. Ilumina los caminos de la vida y pueden por eso ser recorridos. Es la claridad en la que el hombre puede orientarse. Pero toda luz terrestre es amenazada por las tinieblas y termina por ser ahogada en ellas. Por muy radiante que amanezca el sol sobre la tierra y por mucho que bañe en su luz todas las cosas, siempre se pone y el mundo se hunde en sombras y oscuridad. El sol terrenal sólo vence a las sombras por unas horas; incluso en esas horas no del todo. Su claridad, por más brillante que sea, siempre es una mezcla de luz y sombras. Pero lo que ninguna luz terrestre puede iluminar es la tiniebla del espíritu y del corazón humanos. La luz que el hombre ansía en lo más íntimo, no se encuentra en este mundo. El hombre anhela el esclarecimiento de la existencia, la interpretación de la vida, la solución de todos los enigmas, la respuesta a esas preguntas que siempre le queman: “¿Por qué? ¿Para qué?...” Anhela, en fin, una existencia clarificada. La claridad le podría llevar a liberarse de la opresión y la angustia, sobre todo de la angustia de que se le haya perdido el sentido de la existencia, de que quizá no le tenga. Sólo la vida iluminada y clara sería verdadera vida: vida en la alegría y felicidad, en la paz y en la salud. Quien pudiera darle la luz le daría la vida verdadera. Sin luz que ilumine la existencia, la vida es insegura y angustiosa, abandonada y paralítica.

En la tiniebla humana, Cristo grita: “Yo soy la luz del mundo.” El es la verdadera y auténtica luz de la que no son más que símbolos todas las luces humanas. La luz terrenal sólo logra imperfectamente lo que Cristo hace. El es la luz, a cuyo brillo se esclarece la gloria de Dios y el sentido del mundo y que brilla desde el principio de la creación. Los hombres habrían podido verse a esta luz siempre auténticamente, es decir, como criaturas; habrían estado siempre iluminados por la luz de Dios y habrían tenido la posibilidad de entenderse a sí mismos correctamente. El mundo era para ellos revelación de Dios. Pero se cerraron a esa revelación y por eso perdieron la visión auténtica del mundo y de sí mismos. Cayeron en la locura de la autonomía, en la tiniebla, y ya no volvieron a entenderse, porque no se veían ni querían verse como criaturas de Dios; perdieron el camino y no lo volvieron a encontrar; por eso andaban errabundos y a tientas. En esa obcecación se robaron a sí mismos la verdadera vida libre y alegre. Las

tinieblas y la muerte se hicieron sus vecinas. Representante y señor de la humanidad caída en las tinieblas es Satán. Matando el verdadero saber sobre sí mismos, mata en ellos la vida verdadera; es, por tanto, criminal y engañador.

Desde la Encarnación, la Luz brilla en las tinieblas. Cristo es quien trae la luz a las tinieblas de la historia humana. La curación del ciego de nacimiento es un símbolo de esto; en ese milagro no debemos ver sólo una ayuda momentánea que Cristo presta misericordiosamente a un hombre; si sólo tuviera ese sentido, sería un episodio insignificante en un mundo en que viven miles y millones de ciegos sin encontrar quien les cure; pero tiene gran importancia; en ese milagro se hace patente la función de Cristo ante la Historia y ante los mismos individuos. Cristo ilumina la vida humana de forma que sentimos que somos nosotros mismos; porque en Cristo logra el hombre la verdadera y clara mirada sobre sí mismo. En El se reconoce como criatura, como abandonado y, a la vez, como redimido. En El se ve cómo debe ser visto desde Dios, y logra así la verdadera medida y norma de su vida; pues Cristo le enseña a medirse y valorarse conforme a Dios, Cristo le lleva, pues, a la verdadera conciencia de sí mismo; toda otra conciencia es una ilusión. Sólo los iluminados por Cristo ven de veras: todo lo demás son pasiones y fantasías. Fantasean de superhombres, de hombres divinos, de paraíso terrestre. Sólo Cristo da un saber verdadero sobre la vida y el mundo. Quien ve el mundo a la luz de Cristo no se hace de los hombres ilusiones y esperanzas que no puedan ser cumplidas en la Historia; no cuenta con el progreso eterno, con una curva siempre ascendente de bienestar y armonía. Ve al mundo y al hombre con claridad y sin ilusiones, y sin embargo no es escéptico. Al ver los pecados y escombros de la tierra no cae en la desilusión o se resigna o desespera de forma que sólo pueda librarse por la diversión y distracción; para él ilumina Cristo con sus palabras de amor una nueva realidad, en la que el hombre puede poner su esperanza última e incondicional: esa realidad es el amor de Dios, que el hombre a la luz de Cristo ve destacarse en todas las sombras y tinieblas terrestres, en los peligros y amenazas de esta vida, en todas las traiciones y bajezas humanas, en las ruinas y catástrofes de la Historia. Sabe por eso hacia dónde debe volverse para transformarse amando a los hombres y a las cosas del mundo.

La iluminación de Cristo no es un fenómeno natural como la del sol, sino que es espiritual. Cristo es la Luz y el portador de la

Luz por ser el Revelador. El hombre es, pues, responsable de oír y aceptar la Revelación. Puede cerrarse a ella con orgullo; el orgullo prefiere las tinieblas a la luz. No quiere reconocerse como criatura y se obceca en su orgullo, al precio de dejar sin resolver los enigmas de la vida y sin contestar las eternas cuestiones del *por qué* y *para qué*, al precio, pues, de una vida inauténtica, triste y esclava. El orgulloso y autónomo prefiere vivir en la noche y desesperación a vivir en la luz y la alegría, porque esto sólo puede alcanzarlo sometiéndose al Revelador. El desesperado, sea clara o confusa su desesperación, es responsable de ella: es culpable (Cfr. *Eranos-Jahrbuch*, 10, 1943. Tema general: "Cultos antiguos al sol y simbolismo de la luz en la Gnosis y en el Cristianismo antiguo"). El que se deja iluminar por Cristo, Revelador, logra la verdadera *Vida*. Cristo es la *Vida*; en El apareció una vida que es distinta de todas las demás así llamadas. Todas las demás que conocemos están sometidas a morir: son un morir lento y alargado. En su centro está la muerte. Por tanto no son vida verdadera; comparadas con la vida de Dios no son más que apariencias. El que sólo tiene esta vida puede en verdad llamarse muerto. Esta vida necesita continua protección contra los ataques de la muerte. Pero por fin la muerte se la tragará en su abismo; está sometida a la ley de la caducidad; tiene que estrellarse contra la enorme muralla de la muerte; no tiene remedio. La vida aparecida y revelada en Cristo, a diferencia de la vida terrestre y de la existencia biológica, es una *Vida* verdadera e indestructible, por ser la *Vida* de Dios. Sólo Dios es de veras viviente: es la *Vida* personificada; la *Vida* inagotable e infinita. Su vida no se desarrolla en actos unos al lado de otros o unos después de otros, sino que está resumida en la plenitud de una infinita concentración; sobre ella no hay ninguna vitalidad. Al aparecerse en Cristo la vida de Dios, se ha hecho presente en la Historia una vida que no puede estar en peligro frente a los ataques de la muerte. El hombre mortal debe participar de esa *Vida*. Los mortales pueden, pues, aspirar a una vida que es indestructible y plena. Cristo promete a los que creen en El la vida eterna a través de todo lo percedero. Es cierto que aceptó la muerte, ley de la humanidad, a pesar de su poderosa vitalidad íntima. Pero justamente por su muerte se liberó la *Vida* en El. En su Resurrección irrumpió también a través de su figura de hombre, de forma que su misma naturaleza humana se abrió a la impetuosa corriente de la vida divina y desde entonces participa de la plenitud y poder de ella. Quien crea en Cristo tendrá parte en esa ple-

nidad de vida, de forma que estará por encima del fracaso de la existencia terrenal. El fin de ese modo terrenal de ser será el camino hacia la inmutable y eterna vida de Dios.

La participación de la plenitud de esta Vida está fundamentada en el bautismo, que significa un golpe de muerte para la existencia mundana y el nacimiento de la existencia inmutable, que encierra en sí una participación de la vida de Cristo. Lo que se empieza en el bautismo se desarrolla en los demás sacramentos: ruptura con las formas mundanas de existencia y nacimiento de las formas de existencia divina. Sigue desarrollándose a través de todos los trabajos y apuros de la existencia, hasta la plena destrucción de la vida terrenal. La muerte significa, pues, la maduración de lo que se fundó y nació en el bautismo; libera la vida divina sepultada en los hombres. Así la muerte presta al hombre un servicio para vivir; en la muerte se cumple lo que en la simiente que cae en la tierra y muere. El grano de trigo debe morir para que pueda dar fruto; si se niega a morir se quedará solo. El hombre debe también morir para que la vida de Cristo guardada y sepultada en él llegue a plenitud.

Cristo es el *Pan de Vida*; el verdadero y propio pan; lo que significa y hace imperfectamente el alimento corporal, Cristo lo realiza perfectamente. El pan sirve para alimentar; pero sólo puede alimentar una vida caduca y de modo pasajero. Llegará un día en que pasará esa vida que se alimenta de pan terrestre; este pan no es más que un símbolo de Cristo, una alusión a El.

Cristo es el pan que mantiene la vida verdadera y perdurable. El hombre tiene hambre y sed de esa vida. Los que tienen hambre de esa vida verdadera son llamados por Cristo; y Cristo les promete la saturación de su hambre y la satisfacción de su sed. Quien no padece ese hambre y sed está endurecido; no sabe lo que su corazón anhela en definitiva; no padece ese hambre distinta de la del estómago: hambre del espíritu y del corazón, que no puede ser aplacada por nada de este mundo. En el mundo el hombre no puede sentir hartura de corazón, sino sólo anhelos; todas las satisfacciones del espíritu y corazón humanos son momentáneas; no hacen más que despertar anhelos. Y entonces Cristo clama a los que padecen ese hambre: "Yo soy el Pan de la vida." Llama a los cansados y a los oprimidos, a los que saben las extremas necesidades de la vida—el cansancio del trabajo varonil, los lamentos de las mujeres, las lágrimas de los niños y, sobre todo, la terrible

carga de la culpa (Stauffer)—, a los que saben que son demasiado indigentes para poder esperar del mundo la liberación de sus necesidades últimas. Deben rodear a Cristo para sentirse saturados. Lo que Cristo anuncia en las palabras “Yo soy el Pan de la vida” está simbolizado en el banquete que da al pueblo cuando multiplica los panes. El banquete en el que las multitudes sacian su hambre corporal es un símbolo del otro que sacia el hambre del espíritu y corazón. A aquellas horas nadie podía ya ayudarles; los discípulos dieron por perdida la situación: no encontraban salida posible. Y así estamos nosotros frente al hambre del propio corazón y del de los demás: sin salida ni ayuda, sin solución ni posibilidades. Sin embargo, hay alguien que puede satisfacer ese hambre: Cristo. El hecho de que en el banquete sobraran cestos llenos de pan es una alusión a la sobreabundante saturación que Cristo, y por medio de El Dios, concede a los que llegan a El hambrientos y sedientos de corazón y espíritu; podrán comer y beber hasta saciarse.

Lo que Cristo hizo simbólicamente en la multiplicación de los panes, lo repite de modo perfecto en la Última Cena antes de su muerte; entonces da a los suyos un pan y una bebida para comer y beber que nadie puede dar. Bajo especies de pan y vino se da a Sí mismo en comida y bebida. Entonces se cumple ya material y tangiblemente su palabra de que es el pan de la vida. Pero también este banquete, con toda su corporeidad, tiene carácter simbólico: alude a un futuro en el que Cristo se dará a los suyos ya no bajo signos y especies, sino en desnuda realidad. Hasta entonces los suyos, obedientes a su mandato, repetirán los signos bajo los que se les ofrece como viático para el duro y difícil peregrinar por los caminos de la historia terrestre, para la peligrosa y larga travesía desde el tiempo hasta la eternidad. Pero cuando se termine ese peregrinar, Cristo se les ofrecerá en su figura viva y gloriosa y saciará el hambre del corazón que no pudieron saciar las cosas de la tierra. El banquete de su carne y sangre es la garantía de la definitiva saturación futura; da garantías de que los hombres que no pudieron saciar su hambre en esta vida se hartarán una vez del todo. Esto ocurrirá cuando el hombre que continuamente anhela un “tú” y en definitiva el “Tú” de Dios, encuentre en El su plenitud. Entonces sabrá el hombre que Cristo es el alimento inagotable de vida infinita. En eterno banquete lo comerán los admitidos a la casa del Padre.

b) Los contemporáneos de Cristo tuvieron la sobrecogedora impresión de su grandeza sobrehumana.

aa) Los discípulos reconocieron a Cristo como Hijo de Dios tal como El se llamaba a sí mismo. Primer testigo de ello es Juan Bautista (*Io.* 1, 6-8; 15-37), cuyo mensaje dice en esencia: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Este es aquel de quien yo dije: "Detrás de mí viene uno, que es antes de mí, porque era primero que yo... Pero el que me envió a bautizar en agua me dijo: Sobre quien vieres descender el Espíritu y posarse sobre El, ese es el que bautiza en el Espíritu Santo. Y yo vi, y doy testimonio de que éste es el Hijo de Dios" (*Io.* 1, 29-30, 33-34). Según este testimonio, Cristo viene de arriba, mientras el mismo Juan Bautista procede de la tierra (3, 31-32). Hasta Nicodemos le llama Maestro, venido de Dios (3, 2; cfr. 3, 17). Los primeros discípulos, Andrés y Felipe, le reconocen como Mesías e Hijo de Dios (1, 41-45). Por su primer milagro en Caná, en el que se reveló su gloria, "sus discípulos creyeron en El" (2, 11). Los discípulos que permanecieron fieles hicieron la siguiente confesión después del sermón sobre el pan del cielo: "Verdaderamente este es el Profeta que ha de venir al mundo" (6, 14). El ciego de nacimiento fué interrogado por Cristo después de su curación: "¿Crees en el Hijo de Dios?" Y él respondió: "Creo, Señor", y se arrodilló ante El (*Io.* 9, 35-38). Marta, la hermana de Lázaro, confiesa antes de la resurrección de su hermano: "Yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, que ha venido a este mundo" (11, 27). Por la resurrección de Lázaro muchos creyeron en El (12, 17). También fuera del terreno que propiamente pertenecía a la misión de Cristo hay algunos creyentes. Los samaritanos, después de haber estado Jesús dos días con ellos, decían a la mujer con la que Jesús habló junto al pozo de Jacob: "Ya no creemos por tu palabra, pues nosotros mismos hemos oído y conocido que éste es verdaderamente el Salvador del mundo" (4, 42). Como último testimonio sobre Cristo puede valer el del apóstol Tomás. Ante el Resucitado, el que había dudado, termina adorando: "¡Señor mío y Dios mío!" (20, 28).

bb) Pero también los *enemigos de Jesús* oyeron su pretensión de ser Hijo de Dios y la entendieron correctamente: "Por esto los judíos buscaban con más ahinco matarle, pues no sólo quebrantaba el sábado, sino que decía a Dios su Padre, haciéndose igual a Dios" (5, 18; 10, 33). Eso es una blasfemia: por ella debe morir (10, 39). También los judíos esperaban un Mesías que vendría del misterio

—nadie sabe de dónde vendrá (7, 27) dicen—, pero nunca a uno que negara los límites entre Dios y la criatura (E. Gaugler, *Das Christuszeugnis des Johannes-evangeliums*, en *Jesus Christus im Zeugnis der heiligen Schrift und der Kirche*, 1936, 46-47). Contra su voluntad, los descreídos judíos se convierten en testigos de Jesús al confirmar la pretensión de Cristo de ser Hijo de Dios y hacerla pública ante Pilatos como razón de su acusación: “Nosotros tenemos una ley, y, según la ley, debe morir, porque se ha hecho Hijo de Dios” (19, 7). (Cfr. A. Ehrhard, *Urkirche und Fruehkatholizismus*, 1935, 110-115).

c) El testimonio que da el Hijo de sí mismo recibe su confirmación del Padre celestial. Las obras que el Padre le ha mandado hacer también testifican por El. En ellas el Padre mismo da testimonio de su Hijo. Siete milagros elige San Juan como testimonios de la dignidad divina de Cristo y confirmación de sus palabras. Conversión del agua en vino en Caná (2, 1-11); curación del sirviente de un cortesano (4, 46-54); curación del enfermo de la piscina (5, 1-15); multiplicación de los panes (6, 1-15); el caminar sobre las aguas (6, 16-21); curación del ciego de nacimiento (9, 1-41); resurrección de Lázaro (11, 1-46). De estos milagros puede decirse lo mismo que se dijo de los que cuentan los Sinópticos (5, 10-11; 9, 3-4; 14, 10-11). En ellos se revela con creciente evidencia como transformador que crea, como Luz y Vida del mundo, como vencedor de la muerte. “Jesús crea realmente la luz para los ojos, el pan, la vida física...; pero todo esto no es más que un signo revelador para el que sabe ver su gloria supramundana y su poder. El Hijo salva a los suyos del mundo de lo extraño, de las tinieblas, del hambre, de la sed y de la muerte en un mundo verdaderamente existente y esencial, en la comunidad con El, en la unidad vital con Dios” (Stauffer, en *Kittels Woerterbuch zum NT II*, 348).

BB) San Juan es también el autor del último libro de la Biblia: del *Apocalipsis*. Es un libro de consuelo que Dios regaló a la Iglesia en los peligros y persecuciones del tiempo de Domiciano. En él se iluminan los fondos de la historia humana. Aunque parezca que no es más que la lucha de los apetitos humanos hostiles, la batalla se da en realidad entre el bien y el mal. Aunque Dios se calle y no atienda, como si fuera débil o como si no existiera, un día se levantará victorioso. Y eso no ocurrirá de forma que Dios actúe e intervenga en la hora de la extrema necesidad para conver-

tirlo todo en bien. Los poderes del mal podrán al fin del mundo ensañarse contra el bien. Pero después vendrá la gloria que está más allá de la muerte. La consolación del Apocalipsis es, pues, una promesa que hace mirar más allá de la muerte.

“Más allá de la muerte... en eso se distingue la consolación divina de los cuentos; en los cuentos siempre hay ayudas misteriosas y suceden maravillosas intervenciones. La consolación de Dios, al contrario, está situada entre el ahora y el momento en que la existencia se haya acabado: entre el ahora y la muerte. Esta es su gravedad; una seriedad que sólo puede satisfacer a la fe. La fe no significa poetizar el mundo. La Historia sigue implacablemente sus pasos. El gran acontecer propio y ajeno se cumple sólo cuando todo lo terrestre se ha cumplido y ha llegado a su fin. Entonces, por haber perseverado, la fe tendrá razón: una divina y luminosa razón; y tan poderosa, que el Apocalipsis no teme usar junto a la palabra íntima “consolación” y junto a las expresiones de grandeza “alegría, luz, poder, belleza”, la terrible palabra “venganza”; habrá de ser vengada toda sinrazón que haya ocurrido y Dios cumplirá esa venganza: estricta y completamente” (R. Guardini, *Das Bild vom Jesus dem Christus im Neuen Testament*, 1936, 94).

El Espíritu Santo da ese consuelo en grandes visiones por medio de San Juan. San Juan escribe arrobado: está elevado sobre los límites del espacio y del tiempo, sobre la extensión y sucesión de las cosas; y las cosas están unas en otras y simultáneamente. Los sucesos se estrechan y compenetran entre sí. Y se dice: Cristo es el Señor, el Vencedor, el Juez, el Consumador, el sentido de la Historia. Sobre el mar salvajemente agitado del odio, de las blasfemias y descreimiento, Cristo se levantará como el que era, es y será.

“Me volví para ver al que hablaba conmigo; y vuelto vi siete candeleros de oro, y en medio de los candeleros a uno, semejante a un hijo de hombre, vestido de una túnica talar y ceñidos los pechos con un cinturón de oro. Su cabeza y sus cabellos eran blancos, como lana blanca, como la nieve; sus ojos, como llamas de fuego; sus pies, semejantes al azófar, como azófar incandescente en el horno, y su voz, como la voz de muchas aguas. Tenía en su diestra siete estrellas, y de su boca salía una espada aguda, de dos filos, y su aspecto era como el sol cuando resplandece en toda su fuerza. Así que le vi, caí a sus pies como muerto; pero él puso su diestra sobre mí, diciendo: No temas, yo soy el primero y el último, el viviente, que fui muerto y ahora vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y del infierno” (1, 12-18).

Cristo es el excelso, el omnipotente dominador. El hace la historia, aunque la misma historia no se dé cuenta de ello. Todas las criaturas son, según el Apocalipsis, instrumentos suyos. Todos los sucesos y acontecimientos están al servicio de su voluntad.

“Vi a la derecha del que estaba sentado en el trono un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos. Vi un ángel poderoso que pregonaba a grandes voces: ¿Quién será digno de abrir el libro y soltar sus sellos? Y nadie podía, ni en el cielo, ni en la tierra, ni debajo de la tierra, abrir el libro ni verlo. Yo lloraba mucho, porque ninguno era hallado digno de abrirlo y verlo. Pero uno de los ancianos me dijo: No llores, mira que ha vencido el león de la tribu de Judá la raíz de David para abrir el libro y sus siete sellos. Vi en medio del trono y de los cuatro vivientes, y en medio de los ancianos, un Cordero, que estaba en pie, como degollado, que tenía siete cuernos y siete ojos, que son los siete espíritus de Dios, enviados a toda la tierra. Vino y tomó el libro de la diestra del que estaba sentado en el trono. Y cuando lo hubo tomado, los cuatro vivientes y los veinticuatro ancianos cayeron delante del Cordero, teniendo cada uno su cítara y copas de oro llenas de perfumes, que son las oraciones de los santos. Cantaron un cántico nuevo, que decía: Digno eres de tomar el libro y abrir sus sellos, porque fuiste degollado y con tu sangre has comprado para Dios hombres de toda tribu, lengua, pueblo y nación, y los hiciste para nuestro Dios reino y sacerdotes, y reinan sobre la tierra. Vi y oí la voz de muchos ángeles en rededor del trono, y de los vivientes, y de los ancianos; y era su número de miríadas de miríadas, y de millares de millares, que decían a grandes voces: Digno es el Cordero, que ha sido degollado, de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fortaleza, el honor, la gloria y la bendición. Y todas las criaturas que existen en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra y en el mar, y todo cuanto hay en ellos, oí que decían: Al que está sentado en el trono y al Cordero, la bendición, el honor, la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Y los cuatro vivientes respondieron: Amén. Y los ancianos cayeron de hinojos y adoraron” (5, 1-14).

“Este libro es el sentido de la existencia, el sentido del acontecer, el destino futuro, los Novísimos. El que esté necesariamente sellado significa que no podrá ser abierto: que nosotros no sabemos el porqué y para qué de todo eso, ni qué piensa Dios de ello ni cómo ocurrirán esas cosas. En eso todos debemos estar de acuerdo. Pero llega el Cordero y abre el libro. Cristo es el Señor del

sentido de ese libro, porque por amor a nosotros murió. En El está la respuesta y no en una teoría. Cuando El abre el libro, todos caen sobre su rostro y le alaban, porque esa es una acción divina. Hasta entonces era el Dominador, ahora es el Señor del sentido del libro" (R. Guardini, *o. c.* 92).

Los cuernos son símbolo de su poder; los ojos, de su sabiduría. El es quien hace la cosecha de la historia humana el día determinado por Dios. "Miré y vi una nube blanca, y sentado sobre la nube a uno semejante a un hijo de hombre, con una corona de oro sobre su cabeza y una hoz en su mano. Salió del templo otro ángel, y gritó con fuerte voz al que estaba sentado sobre la nube. Arroja la hoz y siega, porque es llegada la hora de la siega, porque está seca la mies de la tierra. El que estaba sentado sobre la nube arrojó su hoz sobre la tierra, y la tierra quedó segada" (14, 14-16). Con los símbolos de la majestad divina emprende la lucha en la que Satán es definitivamente vencido y se eleva la gloria y magnificencia de Dios, en claro resplandor y para siempre. "Vi el cielo abierto, y he aquí un caballo blanco, y el que le montaba es llamado Fiel, Verídico, y con justicia juzga y hace guerra. Sus ojos son como llama de fuego, lleva en su cabeza muchas diademas, y tiene un nombre escrito, que nadie conoce sino él mismo, y viste un manto empapado en sangre, y tiene por nombre Verbo de Dios. Le siguen los ejércitos celestes sobre caballos blancos, vestidos de lino blanco, puro. De su boca sale una espada aguda para herir con ella a las naciones, y El las regirá con vara de hierro y El pisa el lagar del vino del furor de la cólera de Dios todopoderoso. Tiene sobre su manto y sobre su muslo escrito este nombre: Rey de reyes, Señor de señores" (19, 11-16).

Venciendo y juzgando al mal termina Cristo la historia; funda el cielo nuevo y la nueva tierra. Lo que San Juan vió y contempló fué con anhelo esperado por las comunidades, a las que sobrevinieron los días de la desgracia; y rezan: Ven, Señor Jesús. Hasta que la gracia del Señor sea con todos (22, 21); así termina San Juan el Apocalipsis (cfr. M. Schmaus, *Von den letzten Dingen*, Munster 1948).

El testimonio de la Resurrección.

5. Todo lo que Cristo dice de sí mismo y la confirmación de ello con milagros es superado por un testimonio de El, que resume y sobrepuja todos los demás: el testimonio de su *resurrección* de

entre los muertos. Tenemos distintas referencias. Está testificada por San Pablo (*I Cor.* 15, 3-4), por los Hechos de los Apóstoles (1, 22; 2, 22-23; 10, 34-35; 13, 29-30) y por los Evangelistas. La narración más importante y antigua es la de *San Pablo*. Data del año 57 y es un testimonio de que San Pablo, ya alrededor del 50, predicaba la Resurrección en su misión por Corinto. Por la Epístola a los Gálatas (2, 1) puede suponerse que Cristo se apareció a Saulo hacia los años 34-36. Entonces supo Pablo, en conversación con Pedro, lo que cuenta en la primera Epístola a los Corintios, que Cristo se había aparecido a muchos. Así, pues, el testimonio de la primera Epístola a los Corintios nos lleva al año 50; por tanto, al tiempo en que aún estaba próxima la muerte de Jesús. Esto quiere decir que merece plena fe el testimonio de los *Hechos de los Apóstoles* (2, 14-36) de que la primitiva Iglesia predicó la Resurrección de Cristo desde la hora en que nació, es decir, desde la fiesta de Pentecostés poco antes de cumplirse dos meses desde la muerte de Jesús. Los Evangelios cuentan cómo nació la fe en Jesús resucitado. Tuvo origen en las extrañas experiencias que los discípulos tuvieron contra toda esperanza el domingo después de la muerte de Jesús y varias veces más tarde: encontraron el sepulcro vacío. Cristo se les apareció, habló y comió con ellos; le tocaron. San Pablo asegura que se trata de una parte capital de la doctrina tradicionalmente transmitida. Todos los intentos de *invalidar los testimonios sobre la Resurrección* (hipótesis de un engaño, de una muerte aparente, de un mito, de una visión) se estrellan contra el texto de las narraciones y contra la fidelidad y carácter de los testigos. Tales intentos no son producto de reflexiones histórico-exegéticas, sino de presupuestos doctrinales naturalistas o racionalistas. Las variantes de los testimonios se refieren a detalles accesorios casi insignificantes. Pueden explicarse por la características literarias de los Evangelios (cfr. § 145). y por la impresión enloquecedora que la narración de la Resurrección hacía en los Apóstoles. La brevedad y sequedad de los relatos habla a favor de su autenticidad. La hipótesis de que los Apóstoles fueran víctimas de una ilusión sensorial está en contradicción con los hechos: el sepulcro estaba abierto y vacío; el ver el sepulcro vacío causó en los Apóstoles más desánimo que ánimo; no creyeron en lo que las mujeres decían del sepulcro vacío, nunca contaron con la Resurrección, sino que sus esperanzas habían muerto al morir Cristo; y hasta dudaron cuando se les apareció el Resucitado.

Tal hipótesis es absurda, sobre todo para San Pablo, pues persiguió a Cristo fanáticamente hasta el momento mismo de su conversión. A favor de la realidad de la Resurrección habla también el cambio de ideas y opiniones que la aparición de Cristo resucitado origina en los Apóstoles (cfr. §§ 145 y 160; además, W. Fr. Hahn, *Das Mitsterben und Mitauferstehen mit Christus bei Paulus*, 1937; K. Adam, *Jesus Christus*).

6. Para la debida apreciación del testimonio de la Escritura sobre Cristo hay que tener en cuenta que la figura de Cristo es uniforme y concorde, a pesar de todos los contrastes; es una figura cerrada, a pesar de todas las tensiones. En esta unidad realizada en incomprensible plenitud, Cristo no tiene igual. Algunos rasgos individuales tal vez pueden encontrarse en otras "figuras" de salvadores de la antigüedad, pero en ninguno y nunca se encontrará una *figura total* comparable. Y como los mismos rasgos individuales están sellados por la totalidad—así la línea y el color por el cuadro entero—, hay que decir que tomados en su origen y última razón los mismos rasgos particulares de Cristo son incomparables. Por más claro y evidente que sea el testimonio de la Escritura, quien tiene por imposible, debido a ciertos supuestos religioso-filosóficos, el hecho de que Dios baje al mundo y la unión del Logos con una naturaleza humana, rechazará sin duda por legendario el testimonio neotestamentario sobre Cristo, porque según sus ideas es imposible. Sólo los que por su creencia en un Dios personal y activo en la Historia están dispuestos para cualquier llamada divina son capaces de tomar el testimonio neotestamentario sobre Cristo tan en serio como debe tomarse.

La divinidad de Cristo en los Padres.

III. Sobre la fe en la época de los Padres nos remitimos a lo dicho en el § 146. Sólo añadiremos algunas cosas. En la época post-apostólica la designación más frecuente y arraigada para Cristo es la palabra "Señor". No se puede explicar esta denominación como un plagio del vocabulario de las sociedades religiosas paganas o del culto romano al emperador. Los cristianos estaban tan en contradicción con todos esos fenómenos, que es inverosímil que aceptaran de ellos justamente lo más importante de su doctrina.

La palabra "Señor" se impuso como nombre de Cristo dentro

de las comunidades cristianas, sin escándalo de los extraños. Era la expresión de la ardiente fe en Cristo (cfr. § 148).

No se puede negar que el cristiano de la época postapostólica, al hablar del "Señor" o de "su Señor", piensa inmediatamente en el uso pagano del sublime nombre que es corriente por todas partes, y de esta manera, sabiendo con toda claridad la ilegitimidad del empleo de este título de dignidad fuera de las comunidades de la Iglesia, arrebatada al enemigo lo que no le pertenece para por su parte hablar con razón y énfasis del "Señor", del "Salvador", del "Señor y Dios" (A. Gilg, "Weg und Bedeutung der altkirchlichen Christologie", en *Jesus Christus im Zeugnis der Heiligen Schrift und der Kirche*, 1936, 95).

El que se encarnó, padeció y murió es el Señor, "el que está sentado a la diestra de Dios, el que está en la esfera de lo divino". Se debe pensar a Cristo como Dios y como Juez de vivos y muertos (segunda Carta de San Clemente a los Corintios, cap. I, 1) "Los cristianos de Bitinia, conocidos por el relato de Plinio el Joven, no hacen nada raro o extraño cuando, reunidos al alba para las fiestas litúrgicas, "adoran a Cristo como a Dios". Es lo conveniente y normal. Quien piensa mal de eso, peca por no tener en cuenta el gran don hecho por Cristo, ni pensar en cuanto debe agradecersele. Cristo es de veras el dador de la luz; El concede el conocimiento de Dios. El habló como un padre a sus hijos, a los que ahora están unidos como miembros en la Iglesia; El les ha salvado y les ha llamado del no-ser al ser" (A. Gilg. *o. c.* 96; explicación a la llamada segunda carta de San Clemente). Lo que el pseudo-Clemente dice aquí de Cristo lo dice en los capítulos 9 y 10 de Dios Padre. Según la carta de San Bernabé, Cristo es Señor de todo el mundo y Juez de todos (5, 5; 5, 7; 4, 12). San Ignacio llama repetidamente Dios a Cristo; habla de "mi Dios" o de "nuestro Dios". Escribe a los romanos: "Es ya tiempo de ir desde el mundo a Dios, para que resucite en El... Pedid para mí fuerzas interiores y exteriores, para que ni sólo lo diga, sino que lo quiera también, para que no sólo me llame cristiano, sino que me porte como tal. Pues cuando sea hallado como cristiano, podré serlo llamado y podré ser fiel, si no me importa ya que el mundo me vea. Nada de lo que aquí se ve es bueno. Pues nuestro Dios Jesucristo parece mucho mejor desde que está junto al Padre. El cristianismo no es obra de persuasión, sino la grandeza (interior) mientras se es odiado por el mundo... De nada me servirían los confines de la tierra y los reinos de este mundo. Para mí es mejor

ir hacia Cristo muriendo que ser rey de toda la tierra. Busco al que murió por nosotros; quiero al que resucitó por nuestro amor. Ya pronto naceré. Perdonadme, hermanos; no me impidáis conseguir la vida, no queráis mi muerte; concedédmelo porque quiero ser propiedad de Dios y no del mundo; no me engañéis con lo terreno; dejadme recibir la pura luz. Concededme ser un imitador de la pasión del Señor. Si alguien le tiene consigo, que piense en lo que quiero y sufra conmigo, porque ése conoce mi tribulación" (cap. 2, 2-cap. 6).

Cristo estuvo con el Padre antes de todos los tiempos (*Magn.* capítulo 6, 1), sin ser idéntico al Padre. Los apologetas intentan explicar lo peculiar de Cristo mediante el concepto de Logos. No siempre lograron explicar filosóficamente su fe en la divinidad de Cristo, sin que sus representaciones supusieran una subordinación de Cristo al Padre. A veces hablan de un "segundo" Dios. Pero su intención es completamente clara. "Lo que quieren es ensalzar con todas sus fuerzas lo ocurrido en Cristo como la verdad y actividad divinas, victoriosas y supramundanas, y ensalzarlo en su situación, que era, según se deja entender, equivocada en muchos aspectos y peligrosa para ellos y para la Iglesia.

También su mirada está pendiente de Jesús hecho hombre. Si no hubiera sido para ellos el Señor—¡milagro sobre todos los milagros!—, el concepto de Logos habría significado para ellos muy otra cosa, como lo había significado para mil otros y para ellos mismos antes de ser cristianos, pues aparecieron como filósofos populares y sabios ambulantes. Para ellos el concepto de Logos no tenía el empuje de lo desconocido ni el sentido de lo decisivo. Pero en sus labios y en su corazón no hay ahora más que el sagrado nombre de Jesús y el concepto se les convierte en santo y seña, en divisa de la fe" (*Gilg, o. c.* 113).